

Luis Feria

No menor que el vacío

Luis Feria

BIBLIOTECA BASICA CANARIA

39

NO MENOR QUE EL VACIO

Edición de Jorge Rodríguez Padrón



Biblioteca Básica Canaria

Director

Juan Manuel García Ramos

Consejo asesor

María Rosa Alonso
Juan Jesús Armas Marcelo
Joaquín Artiles
Luis León Barreto
Sebastián de la Nuez
Pablo Quintana
Jorge Rodríguez Padrón
Lázaro Santana
Maximiano Traperero

Comisión técnica

Coordinación:

Maximiano Traperero

Corrección:

Gonzalo Ortega Ojeda

Diseño:

Juan Francisco Alamo

Producción:

Carlos Gaviño de Franchy

Secretaría:

Bernardo Chevilly

Mireya Jiménez Jaén

Luis Feria

NO MENOR QUE EL VACIO

[Poesía 1962-1988]

Islas Canarias
1988

© Para la introducción **Jorge Rodríguez Padrón**

© Para el texto **Luis Feria**

©  Viceconsejería de Cultura y Deportes.
Gobierno de Canarias

ISBN: 84-505-8019-6

Depósito Legal: M. 32.574-1988

Fotomecánica e impresión:

MARIAR, S. A. - Tomás Bretón, 51 - 28045 Madrid

INDICE

	Págs.
Introducción	13
Un poco de historia	13
De "Conciencia" a "Fábulas de octubre"	16
Regreso y ruptura	21
Reconocimiento y transgresión del límite	24
Algo sobre la prosa	27
Esta edición	30
De	
CONCIENCIA	33
El poema	35
A la lenta caída de la tarde	36
No me alcanza la vida para pensar la muerte.	37
Sucesión	38
Tiempo de amor	39
Otoño	40
El corazón	41
La realidad parece que nos toca	42
Relevo	43
El mar	44
El tiempo	45
Las palabras	46

	<u>Págs.</u>
De	
FABULAS DE OCTUBRE	47
Dijimos hasta luego	49
Los dones	51
Agosto	53
La naranja	54
Visión de invierno	56
Encendía el esfuerzo de estar vivo	58
Ultimo diálogo	60
Invierno	62
El despertar	64
Epitafio en octubre	66
De	
CALENDAS	69
Enero	71
Febrero	72
Marzo	73
Abril	74
Mayo	75
Junio	76
Julio	77
Agosto	78
Septiembre	79
Octubre	80
Noviembre	81
Diciembre	82

	Págs.
De	
CLEPSIDRA	83
<i>Galán de los galanes</i>	85
<i>Hay días que son alma</i>	86
<i>Sangra abril</i>	87
<i>Me rehaces, junio</i>	88
<i>Cuchillo casi flor</i>	89
<i>Son que me va acreciendo</i>	90
<i>El corro de las brujas</i>	91
<i>Cuando cesa la lluvia</i>	92
<i>Placenta fiel</i>	93
<i>Transitoria es la plata</i>	94
<i>Paloma devastada</i>	95
De	
SALUTACIONES	97
Musgo	99
Gallina	100
Cucaracha	101
Taza rota	102
Pulga	103
Rosa	104
Golondrinas	105
Gallo	106
Mecedora vieja	107
Cebolla	108
Hormiga	109
Amapola	110

	<u>Págs.</u>
De	
SUBROGACION DE SOR EMERITA	
Y OTROS PRODIGIOS	111
Subrogación de sor Emérita	113
Damas en Nápoles	114
Teresa de Cepeda desacralizada	116
La esclava nubia	117
Retrato de Vilma Weshley	119
De	
DE AMOR	121
Infanta	123
Trahit sua quemque voluptas	125
Trotaconventos reprende a su criado	126
Zaid ben Abdul suplica al gorrión	127
De	
DINDE	129
El pajarito	131
Doña Herminia	133
Lorenza	135
El viento	137
La Pianola	138
Pisalgato	139
Reina	141
El amor	143

	Págs.
De	
MAS QUE EL MAR	145
Las botas	147
Las palomas	148
El guayabo	149
Las amapolas	150
La jacaranda	151
El fuego	152
La violeta	153
Selección de	
INEDITOS	155
Querellas de amor IV	157
Querellas de amor VI	158
Lirio cárdeno	159
Sauce	160
Nubes	161
Los astros	162
Rostros	163
Ahora	164
Laura Vela en el país de las maravillas	165
Lágrima	166
Arras	167
El beso	168
Ultimo amor	169
El poema	170

INTRODUCCION

UN POCO DE HISTORIA

Encontrar a un escritor que se considere sinceramente justificado con el placer de la escritura, del oficio diario de escribir y de hallar, escribiendo, iluminaciones que lleguen a apasionarlo sin más oscuras y bastardas pretensiones, es algo muy extraño en los tiempos que corren para la poesía española. Ese es el caso, sin embargo, de Luis Feria (Santa Cruz de Tenerife, 1927). Los diversos comentaristas que han saludado la aparición de sus últimos libros, después de varios años de silencioso laborar, han subrayado (y debo hacerlo yo también, a riesgo de ser redundante) su tenaz, y hasta terca, independencia frente a grupos generacionales y frente a los *poderes fácticos* de las letras que, en nuestro país, actúan como usufructuarios y dadores de privilegios, o como censores intolerantes de lo que, con una miopía incuestionable, desprecian porque ignoran; o porque les exige un esfuerzo que no están dispuestos a hacer en sus pesquisas. No han visto, sin embargo, aquellos críticos y comentaristas que decía (y por eso debo indicarlo yo ahora), cómo la de Luis Feria es —dentro de su generación: la muy celebrada generación del 50— la voz más singular, por original y por resistente a unos esquemas que, en tanto fórmulas, los otros poetas de su edad han convertido, con rarísimas excepciones, en fácil y falso estereotipo de ese grupo generacional, lo que —paradójicamente— les ha producido una sustanciosa rentabilidad, bien en forma de galardones nacionales de todo tipo, bien como reconoci-

miento público, bien a través de ventajosas prebendas más o menos inquietantes. Precisamente Luis Feria ha renunciado a todo eso, a veces de forma tan extremada que esa independencia suya se ha vuelto contra sí mismo y, por supuesto, ha perjudicado mucho a la difusión de su obra poética.

Hagamos un poco de historia. Mantener la memoria fresca es ejercicio siempre saludable. Aunque nacido en Tenerife, Luis Feria vive los años de formación en Madrid; allí se vincula personalmente a los otros poetas de su tiempo, allí inicia también su andadura como escritor y desde allí sus primeros libros merecen el reconocimiento de premios tan notables como el *Adonais* (1961) y el *Boscán* (1964), en años durante los cuales ambos galardones gozaban aún de alta estima y de un sólido prestigio. Aun con ello, siempre ha sido muy difícil que críticos, antólogos e historiadores hayan tenido en cuenta su nombre y su obra a la hora de elaborar resúmenes o de estudiar la poesía española de aquellos años. Y no contribuyó precisamente a solucionar tal estado de cosas el largo silencio que el autor asume entre el año 1966, cuando tras diversas peripecias editoriales se publicó *Fábulas de octubre*, libro merecedor dos años antes del premio *Boscán*, y el año 1981, cuando aparece *Calendas*, breve entrega que marca el retorno de Luis Feria a la vida pública de la literatura. A lo largo de esos quince años el poeta alterna períodos de una febril actividad creadora con épocas de abandono más o menos perezoso de la escritura. Pero son quince años que, a la postre, resultarán muy fructíferos, tanto por lo que a la cantidad de la producción se refiere como por lo que hace a la reflexión que Luis Feria se impone frente a su obra. Los libros aparecidos a partir de entonces confirman las expectativas que se encerraban en su obra anterior, e iluminan los nuevos e interesantes senderos por los que el poeta se ha arriesgado a conducir su obra última. Pero esa quiebra, tan evidente, no ha supuesto ruptura alguna en la sustancia de su obra, en la materia hondamente existencial que la configura desde el principio y que el poeta descubre siempre en una situación

límite, donde la pugna entre el tiempo y la vida es la síntesis más radical del drama constante que se dilucida en todos y cada uno de sus poemas. No varía, pues, lo sustantivo; pero sí se desarrolla (¿de qué manera y hacia qué extremos!) su lengua poética, introduciendo, con particular sutileza, en aquella sólida materia que vertebra su obra toda, un elemento crítico sobre ella y sobre el lenguaje que la dice; un elemento de irónica disidencia que será decisivo para conseguir esa originalidad que Luis Feria tiene dentro de su generación, como ya apuntaba más arriba.

Pero antes de pormenorizar estas cuestiones, tomando referencia en sus libros sucesivos, quisiera añadir un dato más a este resumen histórico, que, a mi modo de ver, tiene una particular influencia en todo ese proceso. Me refiero a las fechas que jalonan su obra y la relación de aquéllas con la edad de Luis Feria. Que sus primeros libros se publiquen cuando el escritor ha superado con mucho la treintena, y que las últimas y más originales entregas se produzcan una vez cumplidos los cincuenta años, nos tiene que hacer reflexionar un poco sobre ese viejo y a mi ver erróneo postulado, que todavía circula con liviana inconsciencia entre críticos y expertos, por medio del cual se establece que la poesía es un oficio de juventud, un impulso de lenguaje que se acomoda bien a las arriesgadas propuestas, aún no contaminadas de experiencia, que puedan hacer los escritores más jóvenes. Y hasta se nos ha querido hacer comulgar con esa rueda de molino que han echado a rodar ciertas editoriales de poesía (dicen que las más prestigiosas del país) de los poetas y poetisas imberbes que, apenas balbucean sus primeros inciertos versos, merecen ocupar —en exclusiva— el paraíso de las más rigurosas ediciones, los más deslumbrantes lugares en los medios de comunicación más deslumbrantes y los favores de los más influyentes críticos, antólogos o predicadores del momento. La obra de Luis Feria (y la de unos pocos escritores más cuya llegada a la edad madura no ha sido sinónimo de complaciente acomodo, sino todo lo contrario) desmiente tal aserto, y nos advierte

de que una progresiva madurez conceptual como la aplicada por él a su obra, desde el principio, se traduce en una interesante profundización y en un evidente rigor sobre el instrumento de su trabajo: la lengua se resiste a asumir modelos o estereotipos y solicita, desde dentro de su propia estructura, una libertad y una manipulación literaria que el poeta no sólo alcanza a descubrir con su madurez, sino que es entonces cuando puede desarrollarlas hasta sus últimas consecuencias; porque allí escribe desde la sabiduría y desde la distancia necesarias para actuar sobre ambas. Desde la primera a la segunda etapa de su obra, Luis Feria abandonará —por ejemplo— lo circunstancial objetivo para afrontar una dura verdad: la limitación incuestionable del tiempo y la servidumbre peligrosa que tal obstáculo podría imponer a su escritura poética. De ahí que esa madurez que he subrayado y destacado exija al escritor una sucesiva capitulación ante sus logros y una esforzada búsqueda más allá siempre del límite conseguido.

DE "CONCIENCIA" A "FABULAS DE OCTUBRE"

Conciencia (1962), un libro que para el propio Luis Feria resulta hoy algo lejano y, por supuesto, superado, concebía la poesía como un espacio donde se manifestaba la condición incierta de la existencia; donde se cumplía el descubrimiento de la vida como espejo a través del cual se llega a la superación de lo anecdótico y a la indagación metafísica. Es un libro —a pesar del tiempo transcurrido— meridianamente claro, testimonial, donde el acercamiento del poeta a lugares, personajes y acontecimientos determinados de la existencia cotidiana sirve para que aquél deje muy clara su fe en el hombre como ser para la vida. Así establece Luis Feria, desde su primer libro, una de las premisas incuestionables de toda su obra: la claridad, la transparencia. Para nuestro escritor, la palabra poética no debe ser nunca ni farragosa ni confundidora; la poesía no debe ser palabrería inútil y redundante, pero tampoco debe enzarzarse en los intrincados

vericuetos de lo conceptuoso y lo oscuro, ni encerrarse en un hermetismo críptico. Pero ello no implica desprecio hacia la magia encerrada en los más insólitos rincones de la existencia. Si la vida (y el entusiasmo inquebrantable por ella, que nunca disimula), parece decirnos, brota con una espontánea sencillez, con una pródiga libertad, ¿por qué no celebrarla con idéntica actitud, antes que disfrazarla con mil y un afeites? Sencillez; pero no simplicidad. Lo cotidiano, lo en apariencia intrascendente, encierra su misterio, su clave profunda; y hasta ahí debe penetrar la mirada del poeta, ahí es donde debe fundar su palabra si quiere que ésta sea, de verdad, iluminadora.

En *Conciencia*, la voz de Luis Feria se halla sometida aún al temor de parecer discordante o disidente con respecto a la poesía del momento; pero los poemas contenidos en aquella primera entrega no pueden disimular ni la ambición de conocimiento con la que el escritor se llega a la realidad, ni la urgencia por cumplir ese conocimiento en los otros, en lo otro, que es el origen de su exploración poética en el lenguaje, de su descubrimiento de la palabra no como afirmación respetuosa de la realidad, sino como instrumento de posible transgresión de la misma para alcanzar el otro lado de la existencia: su principio.

Los escritores —y ello es lógico— suelen tener muchas dificultades a la hora de explicar su obra. Pueden, como mucho, llegar a apuntar algunas razones, vagas y muy generales, por las que se entregaron a tal menester. Y digo que es lógico porque el oficio de escribir, sobre todo de escribir poesía, nace de impulsos y actitudes, de deseos, que se hallan perfectamente asumidos por el escritor y por su propio lenguaje; asumidos, además, de una manera natural. La voluntad transgresora de toda escritura poética anida, sin lugar a dudas, en las zonas menos explicables del individuo, aunque éste quiera con su poesía (cual es el caso que nos ocupa) dejar todo más claro. De ahí que los poetas que buscan esta transparencia se sitúen, sorprendentemente,

en una línea fronteriza que se abre siempre a un vértigo inesperado, pero atractivo y sugeridor. En una ya lejana entrevista que sostuve con Luis Feria, y que publicó *Cartel*, la sección literaria de Diario de Las Palmas, el diez de mayo de 1967, el poeta, requerido por mí para que definiera los objetivos de su obra, hablaba de "manifestación, interpretación, fijación de la esencia del poeta en el tiempo, intuición". Deambulaba, como se ve, entre conceptos muy precisos (manifestar, interpretar) y un deseo de apoyarlo todo en ese difícil maridaje entre esencia y tiempo, para —derrotado— concluir que era la intuición el único motor verdadero de toda su escritura. Hizo entonces una pausa, como si volviera, arrepentido, a lo que de verdad le importaba, y terminaba su respuesta así: "Un ente complejo, te repito. Si alguna nota tendría que superponer a las otras ésta sería la de interpretación, interpretación de la vivencia del tiempo". Apenas juzgo necesaria la advertencia, pero no pierda de vista el lector ese sorprendente propósito de interpretar la vivencia del tiempo: de dar concreción verbal a lo que forzosamente se halla sometido a la relatividad del tiempo.

Entiendo necesaria esta divagación porque nos introduce con exactitud en la razón de un libro como *Fábulas de octubre* (1966), que me parece complementario del anterior; mejor, su consecuencia y desarrollo lógicos. La vida no es sin tiempo, sin la memoria y sin la perplejidad del tiempo; pero la poesía niega el discurrir temporal, es inauguración del instante: la palabra salva o condena en el preciso instante de ser dicha, porque una vez toma cuerpo, su fulgor se extingue. De igual manera, la vida existe acosada por el tiempo: vivirla es agotarla. De ahí que la muerte sea una suerte de libertad; como el mar, la vida se destruye para no morir nunca. A partir de esta sencilla, pero esencial y profundamente compleja reflexión, nacen los poemas del segundo libro de Luis Feria, cuyo título ya nos previene de su carácter ejemplar (fábulas) y de su condición personal (octubre, mes de nacimiento del autor). Ejemplar, me apre-

suro a advertir, no porque contenga ejemplo o enseñanza alguna, sino porque ilumina ejemplos del vivir. Se trata, en consecuencia, de una reflexión sobre —de nuevo— determinadas situaciones cotidianas, pero desde el padecimiento íntimo y personal del acoso del tiempo, abandonada ya toda distancia objetivadora; pretendidamente objetivadora, habría que precisar. En *Fábulas de octubre*, la memoria del escritor regresa, con urgencia y con violencia, para dar fe del agotamiento de la juventud (el libro —no se olvide— se halla concluido cuando Luis Feria tiene treinta y siete años) y para dejar a ese individuo que es el poeta perplejo y solo ante aquella incuestionable verdad.

Llegados a este punto, la poesía de Luis Feria se debate entre dos extremos: la urgencia de vivir (a pesar de la condición dramática que encierra la sucesiva extinción de la vida) y el deseo de encontrar una palabra que perpetúe ese instante en que vivir resulta, precisamente, un descubrimiento. Como escribe Pérez Minik, "Luis Feria es un artista escindido por el deseo inquebrantable de mantener la perennidad de la poesía (...) y la fugacidad de ese tiempo que con ella está comprometido". Las explícitas alusiones al tiempo, en *Fábulas de octubre*, se encadenan y aceleran su curso, determinando un *crescendo* progresivo que hace más visible, a cada paso, la impotencia del individuo ante el acoso a que se ve sometido. Diría que, poco a poco, ese yo que nos habla desde el poema, y con la serenidad complacida de quien posee una precisa sabiduría sobre la existencia, va perdiendo espacio a medida que es acorralado en ese nuevo límite ("sombrio umbral del hombre") descubierto durante el proceso de indagación poética. Por eso, el libro concluye, significativamente, con un epitafio en el cual, desde el desengaño, desde la condición de perdedor, el poeta resiste; y anima una vez más a su vida a medirse con el tiempo, a actuar y existir allí, en ese delgado límite ("Ponle sal a la viva escocedura,/ carnaza al lobo. Y cuando huya/ al monte entretenido,/ iza tu casa, atiza los pabilos,/ procúrate la luz./ Ya tu patria es el tiempo").

La vida es, pues, un don al que Luis Feria nunca renuncia; la vida le permite no desmayar en la construcción de ese universo poético tan rico, donde lo sencillo y lo trascendente, lo cotidiano y lo insospechado, coexisten de modo tal que el hombre se consume en ello "para no morir nunca". E idéntica resistencia se advierte frente a la palabra. El dinamismo, la vitalidad, apuntadas ya como respuesta ante el acoso del tiempo, se transmiten con igual intensidad al lenguaje, y el aprovechamiento de frases y expresiones del habla coloquial, o las constantes aliteraciones e interrogaciones retóricas, no serán simples apoyos dinamizadores del discurso, sino que introducen en éste último la perturbación intencionada de una ironía reflexiva desde la cual el poeta mira la realidad. Al mismo tiempo que la lengua poética de Luis Feria va modelando sus propios perfiles, con un léxico muy específico y con un acento muy peculiar que, en la segunda parte de su obra, adquiere definitiva carta de naturaleza.

Y lo mismo puede decirse de otra de las constantes de estos poemas: un acontecimiento imprevisto (muerte accidental, nacimiento presentido, caída de un rayo...) irrumpe total o parcialmente en el suceder cotidiano de la vida para despertar la curiosidad del escritor e incitarle a cumplir la prospección metafísica que se ha propuesto para asomarse hasta el otro lado de la realidad, a su misterio, a su cara oculta, superando las convenciones previamente establecidas y despojando al lenguaje y a la realidad misma de la máscara confiada tras la cual se habían ocultado hasta entonces. Ese habla coloquial, esa manipulación de la palabra, apurando todos sus recursos, harán que el idealismo inicial pregonado por Luis Feria se manifieste desde una cada vez más escéptica distancia, conforme nos acercamos al meridiano de su obra. Coloquialismo y acción caprichosa sobre el lenguaje que acabarán minando la en un principio sólida estructura narrativa que el autor prefería para sus poemas, y generan una incertidumbre y una capacidad de sugerencia cada vez más sutil que asume aquella misma inequívoca doblez e idéntica intención crítica y corrosiva.

REGRESO Y RUPTURA

Quince años exactamente transcurrirán hasta la aparición, en 1981, de *Calendas*. Silencio editorial que Luis Feria aprovecha para dedicarlo a una continuada búsqueda poética, al tiempo que se produce un cambio decisivo en su vida. Y no sé hasta qué punto no habrá afectado esta circunstancia a aquella nunca detenida, y cada vez más diversa y absorbente, labor poética. A finales de la década del setenta, Luis Feria se verá obligado, por motivos personales, a regresar a Tenerife en donde reside desde entonces. Aunque ello no suponga una ruptura en sus relaciones personales, generacionales y literarias con su vida anterior, lo cierto es que esta nueva etapa de su biografía —dedicada en exclusiva a la creación literaria— altera definitivamente el sentido de su existencia, limitada ahora al espacio de la isla, al ritmo vital doméstico, a la rutina cotidiana del yo, coincidiendo además con el paso del ecuador de los cincuenta años de su edad. Tan significativo giro repercutirá, y de manera decisiva también, en el proceso evolutivo de su escritura y en el destino final de su obra. No porque Luis Feria renuncie a los que hasta entonces habían sido soportes fundamentales de su poesía, sino —como ya insinuábamos al comienzo— porque la posición desde la cual se produce ahora aquella indagación literaria es radicalmente distinta: la memoria, impertinente, asalta una y otra vez la intimidad del escritor y, como espejo revelador, le devolverá una y otra vez su propia imagen, su propia existencia desvaída tras esa distancia temporal ya insalvable. Pero ahora el poeta dispone de nuevos recursos para afrontar tales ataques: la corrosiva doblez irónica que veíamos emerger en el último libro de su etapa anterior, por ejemplo; ironía reforzada cuando el escritor se decide a aplicarla sobre sí mismo, cuando descubrimos que acaba por asumir, sin dificultad alguna, su condición de víctima en el juego de la existencia; cuando mira su propia imagen sin patéticos lamentos y sin trascendentes ni melancólicas evocaciones. Todo lo contrario. La poesía de *Calendas* y la de su inmediata y complementaria entrega,

Clepsidra (1983), nos deslumbran por su laconismo expresivo y nos sobrecogen con su certera desnudez. No hay amplitud retórica, pero el poeta tampoco se refugia en la retórica de la sencillez, de lo menudo y de lo cotidiano, que ése podría haber sido el peligroso destino de su poesía, si Luis Feria, en su pertinaz interpretación de la existencia, no se hubiese revuelto contra la palabra como seguridad, para admitirla y manejarla sólo como abierta posibilidad de nuevas dilucidaciones.

Luis Feria, escritor insular sin ningún género de dudas, asume su herencia lingüística desde su purísima condición dialectal, desde su entendimiento dialéctico y subversivo de los mecanismos expresivos de su lengua, desde la particular visión de las cosas, distante, descreída, mestiza también, que halla en su origen vital y cultural. De ahí que sea en este retorno, y escribiendo desde esa comunión en soledad, desde esa provisionalidad individual en la que confiesa hallarse, donde se origine una voz que será ya indiscutiblemente suya; sorprendente y arrasadora siempre, pero fluuyendo con una serenidad tal, y hasta con tal grado de despego humorístico, que la hace cada vez más dramática.

Y la primera evidencia de esta ruptura se halla en la fragmentación de su escritura: el poema, antes largo y discursivo, es ahora, apenas, unos pocos versos, estrofas aisladas que se rodean de un silencio significativo, para contemplarse unas a otras en un diálogo implícito que establece entre ellas, además, una relación constelar y abre —simultáneamente— un vértigo de vacío y soledad evidentes y dolorosos. El poema ya no responde a los estímulos objetivos de la realidad, sino que se origina en impulsos intuitivos y primarios, desde ese grito inicial, entre temeroso e ilusionado (no llegamos a saber si quiere ser una orden o una simple palabra de aliento) con que inaugura el libro ("y a su turba oscura/ que me saca a la vida: sal, Luis Feria"), hasta la ansiosa solicitud de eternidad (otra vez el ruego, la oración, el impulso hacia el misterio, pero todo

dominado por ese doble fondo de la ironía) que nos remite, sin asomo de duda, al cansancio existencial de Quevedo ("devuélveme los huesos que me daban amor"). Las alternativas entre el entusiasmo vital y la evidencia de sus limitaciones trazan un camino incierto y sugestivo a la vez (no en vano hablábamos de una constelación), que el lector se ve precisado a recorrer, como el poeta, asumiéndolo como un diálogo interior con su propia imagen que allí aparecerá reflejada también.

El otro rasgo que confirma esa ruptura de que hablamos sería el de la ya aludida manipulación de los recursos expresivos, a través del coloquialismo y de aquella insistencia en dar vuelta a las palabras y a la sintaxis (también al ritmo) para que nos descubran su cara oculta. Endecasílabos y alejandrinos aparecen de nuevo en los poemas de Luis Fera, pero ya tienen otro sonido, ya avanzan con otro acento. La sucesión del discurso y del ritmo tropezará, una y otra vez, con síncopas y encabalgamientos, con una puntuación quebradiza que llena de pausas y silencios al poema, y abre paréntesis de perplejidad mucho más radicales al final de cada fragmento. La palabra poética es aquí, por encima de todo, canción que exalta esos instantes con sorprendente intensidad, que parece conceder plenitud a la visión, pero que sólo es (lo comprendemos en seguida) un impulso que quiere, inútilmente, oponerse al vacío. Pero esa misma palabra exaltada resiste también a toda pasividad contemplativa: no basta el canto, o el conjuro, o la solicitud; como se ve muy bien en *Clepsidra*, es imprescindible la ejemplaridad, escribir desde la corroboración final del sentido trágico del tiempo y desde una lucha constante con el lenguaje, resistiéndose a caer en la resignación, lo mismo que a servir a una determinada retórica de lo ya sabido. Lo temporal entonces ya no se resolverá —como es muy fácil colegir— en una sucesión, sino en una fundación instantánea; será pura perplejidad ante el conocimiento iluminado por esa situación inesperada que dura lo que tarde en romperse precisamente aquella sucesión convencional, dejando al des-

cubierto la enajenación derivada de la inferioridad en la que se reconoce el escritor y frente a la cual debe ordenar su resistencia final.

El poema se ha convertido así en una suerte de rito por medio del cual el individuo puede entablar un diálogo con aquello que la escritura había iluminado en *Calendas*; diálogo implícito unas veces, pero explícito las más, con el cual ese individuo que se reconoce víctima del acoso del tiempo podrá dejar constancia de sus deseos, en una afirmación del único poder alcanzado tras su denodada indagación. Todo cuanto dice comporta un matiz potencial o futuro (el uso de enlaces dubitativos, la ajustada incorporación del subjuntivo o el condicional, subrayan ese propósito) que tiene su más intensa y profunda realización en los poemas del apartado "Primavera", también el más amplio de todo el libro. Deseo que no se consume en la agitación emocional de sí mismo o en el lamento por aquella descubierta condición, sino que transmite a la escritura una peculiarísima intensidad, contenida en esa imaginería rica en sugerencias, inquietante también, por las repetidas alusiones al misterio, a la aventura o a la misma muerte.

RECONOCIMIENTO Y TRANSGRESION DEL LIMITE

Salutaciones (1985) es un libro que, tras el patente optimismo que podría encerrarse en el título, se convierte en desengañado convencimiento de que la verdadera vida se halla en las cosas más triviales en apariencia, como un misterio que al hombre sólo le es dado descubrir cuando ya el tiempo juega en contra suya, cuanto mayor resulta el vacío menesteroso que se abre entre él y el mundo. Por eso, Luis Feria eleva ahora su voz solidaria con lo pobre y lo olvidado, con lo insignificante, con todo aquello cuya intervención en el discurrir de la vida no parece decisiva. El escritor, una vez dominados los recursos de su oficio, y

habitando ese límite último tras el cual la existencia es ya irremediabilmente otra, opta por una soledad contemplativa, por un diálogo imposible con esos objetos insignificantes que, mágicamente, le devuelven su propia imagen, a través de un curioso juego de espejos.

Y a medida que se cumple ese acercamiento, ese monólogo sobrecogedor, el poeta afirma su superioridad en el descreimiento, en el zigzaguo lúdico con que mira y habla: la ternura familiar y la especial sensualidad que originan estas aproximaciones, no impiden ni la burla ni el desparpajo, ni la desvergüenza y el subyacente erotismo tan gozoso, pero tan desolador a la vez, con que la mirada del poeta acaba poseyendo ese mundo reducido y cercano, para reconocerse en él absolutamente solo. De ahí que la composición habitual de estos poemas haga hincapié, primero, a lo largo de su desarrollo, en el regodeo febril e ilusionado de la mirada, para acabar luego con una rotunda afirmación (apenas un solo verso, o menos) de la trágica verdad que encierra. Diríamos que el poema no sólo ha alcanzado aquella frontera final aludida, sino que se abre bajo la voz del propio poeta, dejándola caer al abismo descubierto tras aquella indagación, sin posibilidad alguna de retorno.

Salutaciones es el libro donde cristalizan, en un solo cuerpo verbal y poemático, los rasgos que han ido conformando la personalísima voz de Luis Feria; y es en *Salutaciones* donde se cumple a plenitud esa superación que decíamos con respecto al lenguaje poético de su generación. Luis Feria ha ido un poco más allá, peligrosamente, porque somete los esquemas rítmicos o las opciones temáticas que tanto lo aproximaban a los otros poetas del 50, no sólo a la sacudida de la ironía, y hasta del humor, nacidos de aquel escepticismo sabio, sino porque asume con particular intención subversiva los recursos del lenguaje coloquial (uso de aumentativos o diminutivos, la particularísima adjetivación, las síncopas intencionadas, la capacidad de sugerencia encerrada en ciertas construcciones sintácticas reducidas a

lo elemental...); y en especial, porque todo ello no se hace a costa del rigor verbal o de la claridad conceptual que, desde el principio, se asienta en su obra. Todo lo contrario, la acrecienta y la hace mucho más reveladora. Y sucede así —además— porque, desde sus primeros libros (entonces, es verdad, de modo ocasional), Luis Feria alimentaba su lengua poética con un léxico específico que, nacido espontánea y oportunísimamente, se establece, poco a poco, como rasgo indiscutible de su propia voz frente a la de otros poetas con los que Feria podría tener ciertas concomitancias. Esto tiene una importancia añadida, porque es una de las dificultades, al parecer insalvable, que tiene la poesía española contemporánea para progresar. Sin necesidad de hacer una lectura demasiado atenta, salta a la vista que el léxico de nuestros poetas es muy reducido y redundante; que las construcciones y fórmulas sintácticas son siempre las mismas, de unos poetas a otros; que existe una especial reverencia por los modelos pregonados por cierta crítica acomodaticia, incluso entre los poetas más jóvenes, cuyo mimetismo se ha convertido en una forma —la más rápida— de obtener deslumbrantes triunfos editoriales. La poesía de Luis Feria, sin embargo, genera su propio vocabulario, se enriquece con un léxico en constante renovación y altera intencionalmente las estructuras sintácticas y rítmicas del verso; llega así a encontrar su propia voz, sus propias opciones, en la variedad, en la pluralidad de caminos que, gracias a ello, puede transitar sin esfuerzo en sus últimos libros publicados.

Así sucede en *Subrogación de sor Emérita y otros prodigios* (1987) y en *De amor* (1988), aunque en ellos no sean ya seres sin trascendencia aparente, u objetos menudos y cotidianos, el espejo donde se refleje la voz y la mirada del poeta, y a través del cual ambas puedan llegar hasta un idéntico y desolador descubrimiento. Ahora son personajes de una prosapia muy particular, producto de una genealogía específicamente literaria, entre sublime (por la ternura en la cual se originan) y grotesca (por la voluntad transgresora

con que los anima el escritor), quienes le devuelven aquella imagen con tanta ansiedad buscada. Luis Feria retorna a la anécdota; pero ya no se trata de un discurso objetivado de la realidad exterior, como sucedía en los años iniciales, ahora son apariencias (carácter que en ningún momento Luis Feria se preocupa por disimular) abandonadas a la caprichosa metamorfosis en que se realiza, literariamente, ese reconocimiento de aquellos seres como espejos de la existencia del escritor. La poesía de Luis Feria se puebla ahora de criaturas en las que ha hecho presa la degradación y la impotencia; seres que —en un tiempo incierto, en un ambiguo contexto histórico y creados por el capricho de una palabra desvergonzada e irrespetuosa con su propia lengua, que por ello no tiene reparo en usar del revés una retórica muy particular— protagonizan inconfesables historias de amor y de muerte, cuyo carácter irrisorio resultará, por ello mismo, ejemplar. Pero ejemplar, ante todo, para el propio yo que se ha consumido en una búsqueda imposible, en una soledad que ni el tiempo ni los otros (a quien tan solícito acude, como acuden también sus personajes) han conseguido superar. Sólo la palabra, sólo esa voz tan característica que altera una y otra vez las tímidas convenciones que quieren preservar el monótono lenguaje de nuestra poesía actual, se ofrece como fuerza capaz de transgredir imágenes y figuras, escenas y situaciones, para alumbrarnos, en el instante que es el poema, la verdadera visión de la existencia, en su cruda inmediatez, en su desnudo dramatismo.

ALGO SOBRE LA PROSA

La fecundidad creadora de Luis Feria en estos últimos años se ha visto acrecentada con la publicación de dos libros en prosa que son también muy reveladores del cambio definitivo operado en su obra. Creo necesario decir algo sobre estos libros, además, porque vienen a ser —por un lado— una revisión de la memoria personal, tras el retorno

del escritor al espacio geográfico de su infancia; y porque al hacerlo así suponen —por otra parte— un nuevo reto para su escritura poética. Hago una advertencia imprescindible: tanto *Dinde* (1983) como *Más que el mar* (1986) deben leerse como libros de poesía. Que el autor haya optado por no escribirlos en verso no niega su condición de tales.

La primera impresión que recibe el lector, impresión engañosa, sin embargo, es la de hallarse frente a escenas, personajes o lugares que se limitan a recuperar imágenes de la infancia del escritor. Y un lector poco atento puede pensar que en esa complacida contemplación del pasado, con sus dosis de melancólica ternura, radica el único propósito de ambas obras. Pero si tenemos presente que se trata de textos escritos tras el regreso de Luis Feria a su isla natal y en el tiempo de ruptura que a partir de entonces vive su obra, es fácil concluir que si, a partir de *Calendas*, los libros de verso proponían —como ya explicamos— un cambio sucesivo en el límite de la escritura y un enfrentamiento desengañado con el vacío en que todo se resuelve (y que lo revuelve todo), por obra y gracia de esa *frescura* (en toda la extensión de la palabra) que adquiere el lenguaje de Luis Feria, estos dos ejercicios poéticos en prosa nos ofrecen su verdadero sentido de modo palmario: afrontar un proceso similar al que los libros de verso siguieron con respecto al presente, pero con respecto a la memoria del escritor; si los primeros se abren al vértigo del futuro, estos se plantean la indagación reflexiva en el pasado, pero desde una situación límite también: la sabiduría del presente. Y si unos (los libros de verso) y otros (estos de prosa) adoptan direcciones distintas, también resultará diferente la materialización de su escritura: el reconocimiento del instante revelador exigía una concentración mucho mayor y una valoración de la incertidumbre y del silencio que ya no puede asumir, de la misma forma, esta prospección en la memoria; pero eso no significa que el escritor haya sustituido la poesía por la narración. Sus textos en prosa son también verdaderas

imágenes poéticas, si bien desarrollan con mayor amplitud las diversas facetas que de la misma se ofrecen, al ser atisbadas en esa compleja distancia que es el espacio de la memoria. Aquí desemboca aquel narrativismo inicial de los poemas de Luis Feria que, en los libros de verso, había sido puesto en cuestión repetidamente al anular los apoyos anecdóticos.

Insisto en el carácter esencialmente poético de estas dos entregas. En primer lugar, porque sirven a aquel propósito central, confesado por el propio Luis Feria, de interpretar la existencia e indagar en el sentido muchas veces misterioso de la pugna entre el hombre y el tiempo; pero, especialmente, porque al adoptar como punto de vista la mirada de la infancia (etapa de la vida donde el tiempo no es conciencia del discurrir sino del instante), la memoria se concentra y se resume en ese momento en que ilusión y desengaño son una sola cosa. Y porque frente a la acción discursiva (ésta sí) y siempre torpe de los adultos, la mirada del niño se reviste de una agudísima capacidad de observación que denuncia la imposibilidad de aquellos para la imaginación, o su torpeza ante el humor directo y cruel con que estos reciben y resisten su invasión. Por eso, los textos en prosa de Luis Feria superan todo lirismo melancólico y evocador y no se abandonan al discurrir de la anécdota: se limitan a un suceso mínimo, a una situación inesperada e instantánea (cuando no, a mirar con asombro perplejo o desconsolada ilusión, lo que hay o lo que sucede en torno), que se observa y se dice —y aquí viene la sabiduría del escritor— desde la ironía y la intencionada sensualidad de una voz que descubre, prodigiosamente, en un relámpago de luminosa visión, lo que instantáneamente se consume y apaga. Luis Feria maneja como intencionado lo caprichoso e inconsciente; deja al descubierto la soledad y la marginación de la infancia, como reflejo de su propia identidad en el presente; la palabra dibuja el mismo círculo mágico con que se da en el lenguaje infantil: dominar la palabra es dominar el deseo; decir es crear, y con ello se logra vencer, siquiera poéticamente, al

enemigo que perpetuamente acecha: el tiempo. De ahí, en fin, que también estos libros se construyan a base de fragmentos (imágenes e instantáneas) que se juntan, se contemplan y se devuelven recíprocamente sus perfiles, en un diálogo mudo del que surge este otro tiempo/espacio que ya no tiene posibilidad alguna de ser habitado por la memoria, que es presente original e instantáneo también.

ESTA EDICION

Luis Feria ha publicado los siguientes libros: *Conciencia* (ed. Rialp. Madrid, 1962); *Fábulas de octubre* (Instituto Estudios Hispánicos. Barcelona, 1966); *El funeral* (La fuente que mana y corre. Las Palmas, 1965); *Calendas* (Poéticas. Santa Cruz de Tenerife, 1981); *Clepsidra* (Piélagos. Las Palmas, 1983); *Dinde* (ed. Bruguera. Barcelona, 1983); *Salutaciones* (Arenal. Jerez de la Frontera, 1985); *Más que el mar* (Pre-Textos. Valencia, 1986); *Subrogación de sor Emérita y otros prodigios* (El Tapir. Madrid, 1987); *De amor* (Ultramarino. Las Palmas, 1988). Pero cuenta también con una abundante obra inédita que, en la actualidad, nuestro poeta trata de concluir, ordenar y publicar, siempre que sea capaz de superar esa obsesión que le hace volver, una y otra vez, sobre sus textos, en un trabajo de constante corrección que no tiene por objeto llegar a un atildado y artificioso rigor, sino cumplir una juiciosa y necesaria exploración de los recursos expresivos del lenguaje y de las posibilidades del poema como composición, y como unidad que debe relacionarse adecuadamente con las otras que acabarán conformando el libro.

Habida cuenta de todo ello, *No menor que el vacío* (título que tomo de un verso del propio Luis Feria) quiere ser una muestra comprensiva del conjunto de la evolución poética seguida por nuestro autor; evolución cuyos rasgos esenciales se hallan implícitos en ese título elegido, según he intentado demostrar —no sé con cuánta fortuna— en las páginas

precedentes. Una muestra que, para ser de verdad representativa, no debe dejar al margen los textos poéticos en prosa, ni concluir sin una selección suficiente de inéditos (lo son, al menos, hasta la preparación de este libro). El criterio seguido para la elaboración de esta antología quiere ajustarse a la sucesión cronológica de los libros de Luis Feria, de modo que siguiendo ese orden se haga patente el desarrollo de su escritura en las sucesivas etapas ya enumeradas.

JORGE RODRIGUEZ PADRON

DE
CONCIENCIA

EL POEMA

Llamadlo sólo agua
libre
de todo inútil nombre pasajero.
Dejad luego que siga
su lento respirar ensimismado.

A LA LENTA CAIDA DE LA TARDE

A la lenta caída de la tarde
amar la vida largamente es todo
el oficio del hombre que respira.
Alzar la mano y detener el cielo.
Destino de la luz, nunca te acabes.

NO ME ALCANZA LA VIDA PARA PENSAR LA MUERTE

J. P. Sartre

No me alcanza la vida para pensar la muerte.
Se me queda en las manos respirando asustada
lo mismo que en la noche el corazón del monte
oye caer el rayo
mas no puede medir cuánto le duele al cielo,
qué soledad la suya cuando se precipita
y se apaga su incendio igual que muere el toro
en mitad de la tarde.

Si bastara el instante en que fuimos felices,
si su medida fuera suficiente,
podríamos dejarlo iluminando el reino
como un cardo que arde al borde del silencio y de los
días.

Saco la mano ahora hacia la lluvia:
me resbala en el agua todo lo que ya he sido.

SUCESION

Una tea iracunda da en el pecho
el tiempo del amor y la encrespada
voluntad de escaparnos de la nada,
de aniquilar la muerte sobre el lecho.

La condición de ser va contra el hecho
de estar todo abocado a su llamada,
de que basta un silbido, una palmada
para que el viento nos derrumbe el techo.

Ya la iracunda tea insobornable
quemando el corazón y su piel pura,
acosándolo a oscuras como a un astro,
contra la muerte lucha inacabable
y fermenta la terca levadura
que nos mueve a dejar presencia y rastro.

TIEMPO DE AMOR

Este tiempo de amor nunca termine.
No lo empañe el olvido con su óxido;
debe quedar intacto hasta la muerte
lo que nació inmortal como el sonido.

Este tiempo de luz alguien lo salve;
lo arranque alguien de ese precipicio
al que se aboca ya desde que alienta.
Que alguien corte la amarra y vaya suelto
del tiempo, a la deriva, hasta la playa donde
no lo fulmine el rayo a pesar suyo,
no lo desgaste el tiempo como a un día.

OTOÑO

El estío ha pasado como un trago
de fuego por el tiempo.

Va la vida
suelta ahora y con lluvia
igual que la mañana.

EL CORAZON

Ya anoche el corazón anduvo mendigando.
Se lo noto en el gesto de cansancio que trae
y el pedazo de amor que se lleva a la boca.
Le he dicho que de noche se quede aquí conmigo,
que con lo que ganemos de día viviremos,
que no ande rondero por la tierra
pidiendo la esperanza como si fuera un rico.
Ya ha estado el corazón otra vez mendigando.
Aquí está sin dormir contando lo que ha visto
como si fuera alguien que un día fue mi huésped
y ahora se me marcha por caminos que ignoro.

LA REALIDAD PARECE QUE NOS TOCA

La realidad parece que nos toca,
que es una sola su presencia cierta.
Avanzamos la mano y nunca es una
su espejeante imagen evasora.

RELEVO

Alguien murió y ahora soy memoria
del que quiso morir y nunca pudo
y viene hoy a ocuparme de repente,
a hacerme andar con esta piedra al cuello.

Alguien vivió tal vez. Iba comiéndose
los sueños día a día: así, cantaba
sin saber qué cantar le había tocado,
qué nada o Dios lo condenó al silencio
cuando ya había aprendido las palabras.

Alguien murió sin comprender su vida.
Buscaba cada noche un agujero
donde echar su fermento y su cansancio,
donde incubar su hembra y sus terrores.

Todo pasó mas sin embargo llueve.
El agua vertical roza la herida.

EL MAR

He venido hasta el mar; aquí he sumado
tanto fracaso, tanta esperanza inútil
al movimiento eterno, a su frente estrellada,
a la de tantos niños que no han nacido nunca
y en el fondo del agua esperan las palabras
del levántate y anda de un inmortal que crea.

Sobre los pies del agua descanso cuanto he sido.
Le sumo mi tristeza, mi airado preguntar,
como un soldado solo que después de la guerra
sobrevive y pregunta de qué valió la sangre
y llora sobre el pecho enmudecido
de cualquier muerto amigo que ya no le responde.

He venido
al mar que se destruye para no morir nunca.

EL TIEMPO

Ha de llegar un día en que ya el tiempo
robador de cuanto quisimos
rinda su denso corazón cansado,
nos devuelva la vida que se ha ido llevando
tan intocada como fue en principio,
rondadora otra vez de la esperanza a muerte.

LAS PALABRAS

*Las palabras están vivas, y por lo
tanto traicionan; lo que expresan
hoy como verdadero y puro, mañana
es falso y está muerto.*

(L. CERNUDA.)

Acaso no debiéramos escribir nunca más
sobre una página
pues las palabras son
mayores que la vida
y como a ellas tendríamos
que sostenerlas con el brazo
hasta que llegue el día que el cansancio lo
doble.

Las palabras son siempre más anchas que los labios,
mayores que la ausencia y que la infamia.
Tal vez debamos siempre escribir en los aires,
que el sol en los caminos las incendie un momento
y las vuelva a la nada,
al silencio
y al polvo,
las integre a la noche
y a su germen,
intocables y puras como una antorcha viva.

DE
FABULAS DE OCTUBRE

DIJIMOS HASTA LUEGO

¿Recordáis que dijimos hasta luego?
Dejamos
el pan sobre la mesa,
la lámpara encendida
y las ropas olientes de alcanfor.
Pero cuando volvimos
alguien había estado
allí,
había mancillado mantel y cubiertos,
acechaba desde la oscuridad
dispuesto a arrebatarnos cuanto amábamos.
Nos reflejamos sobre la memoria
y en su rostro sin fechas todo seguía igual:
la miga de vellón, el agua
del aljibe, detenida
la luz contra los muebles, quieto
el arcón de entraña de membrillo.

Regresamos al sitio que aún podía
amarrarnos, fijarnos
un recuerdo, darle vida otra vez.
Pero el tiempo verdugo ¿dónde
vierte su escombros, qué castigo
edifica con sus propias cenizas?

En el umbral, alertas,
cegados los rescoldos, preguntamos
qué se había hecho de los nuestros.

¿No recordáis? Dijimos hasta luego, pero nunca
fue así. Los años y la guerra
avientan como polen la vida y el azar.

Tú solo ahora,
quizás bajo una fecha, no se sabe hasta cuándo,
sigues reconstruyéndote entre ruinas.
¿Nada quedó o queda de otra forma?
Desde el dintel miramos volver cuanto quisimos.

LOS DONES

Distinta realidad es la del sueño
no más hermosa o menos que la vida.

¡Qué dueños fuimos!
Cobrábamos el mundo con un quiero.
Nos apropiábamos del día universal,
del rumor de la hierba rondando en la cañada.
Toda la tierra fue un relámpago
despeñado a tus plantas. Como feudo
los montes fueron nuestros,
códigos de verdad, de amena historia
sin barajar aún, como el océano.

¡Estío, cómo ibas
divulgándolo todo!
Verde tu luz en las tabaibas,
gualda en los trigos rectos,
en la maraña de la niebla, gris.
Vida, vida total la luz alrededor,
lumbrarada del mundo inflamado en su fondo.

¿Fue más nuestro el invierno que el verano?
Por largas correteras de eucaliptos,
viento en la tarde, susto, invitación
a adentrarnos en su hondo túnel negro,

el fragor de las hojas metálicas
entrechocaba con el viento y su marea
resonante.

Si el mundo
irá a morir...

Luego de la tiniebla,
la tierra igual de hermosa se ofrecía,
el agua anónima,
los maizales distantes, pardos
como el manchón de un grupo que van a fusilar.

Fueron leales las provincias pequeñas:
caseramente olían mejorana y cantueso,
el rábano y la sanguínea betarraga,
la col burguesa, la granada celular.
Hacia el viento se iba el aroma prudente
de las mansas violetas que ahuyentan el invierno.

Si fue sueño tal vez, o la memoria
la estricta realidad recobra y fija...
Lección de buen amor nos dieron
y les dimos. Y aunque el tiempo creció
dándonos caza, la enseñanza perdura
igual que el palmacristi entre los pedregales.

AGOSTO

Como una ronca ráfaga de azafrán y luciérnagas
era la vida. Al fondo, las guitarras
espesaban la tarde, y en las sombras
abrían caminos por los que iba el sueño
sin querer llegar nunca...

Se adentraba la sangre por densos corredores,
una ardiente marea devoraba el contorno,
y los frutos vecinos, ya entera luz, ardían.
Amapolas salvajes derretían su lacre
al sol, sobre fosforescentes tierras sin dueño,
y un silencio colgado cegaba el horizonte.

Al fondo de los pozos el calor destellaba
como una piel de toro tatuada de tréboles.
Una mano posaba su pulpa bermellón
por los turbios refugios donde el amor hervía
mientras la luz de pólvora fermentaba en las costas.

Amar era partir el mar con una espada,
sentirlo de repente golpeando la boca
mientras iba la vida recorriendo sembrados
y a más amor en vuelo más violencia crecía.

LA NARANJA

Las hierbas empezaban a verdear.
Cuando el viento soplaba no era ya principiante,
era un rudo puño de déspota.
Sobre lomas y cerros restallaban
las lluvias,
sesgadas y vibrantes como látigos,
salteadoras de posadas.

Paz

y silencio por los libres ámbitos:
un revolar de pájaros huidizos,
un gorgoteo de agua por los surcos...

Entonces, la naranja. ¿Quién
la trajo? De lejos
se fraguó una canción, sonaron
sus ascuas olorosas, invadiendo
el vasto cielo húmedo;
llameó en la quietud.

Nuestra estatura
no alcanzaba los frutos,
sí nuestra vocación, y con codicia
de araña
escalamos el orbe enverado,
naranja en que se oía urgir al sol,
crepitar las pepitas,
zumbar el zumo en su ácida colmena.

Su impaciencia era tanta
como nuestra niñez;
un instante la tierra fue un resplandor dorado.
En alto estaba, realizando su verdad,
ardiendo entre las hojas como espada
que el mirlo blande, y limpio
por la lluvia de diciembre
despereza las sombras de la noche,
arranca un tenue
reflejo al sol que ya remonta, y surge
desde la verde cueva del naranjo
hacia otros días, otros frutos sin dueño.

VISION DE INVIERNO

He cenado con un desconocido,
con un friso de retratos indiferentes
que me observaban con desdén
quizás porque desde su remoto país
ven regresar la vida y saben.
He cenado con aquél que era,
huésped yo mismo ahora de mi imagen.
Reunidos otros días, otros hechos,
sorteados azares, tiempo, olvido,
barajadas tareas que hoy parecen inútiles,
nada responde porque nada
es lo mismo, y un gesto de ceniza
en los frustrados ojos,
el paso menos desmedido,
disminuyen la fiebre de vivir en los labios.

En la ventana, a medianoche,
abierta y desprendida de las sombras tenaces,
la absorta luna penetró
por corredores, como entonces,
cuando se echaba a nuestro lado en la almohada.
Por un instante todo fue verdad:
una solicitud de paz cubrió la mesa,
y se poblaron ropas, metales, aposentos,
y visión y niñez y tiempo y júbilo
de un vasto resplandor que era casi la vida.
Mas la madera no vuelve a ser árbol:
las telas

al menor gesto se tornaban polvo
y los mismos recuerdos
nos engañaban como una costumbre.

Colmada la memoria,
también hemos saldado la ocasión.
Dejando atrás los muertos que hablen de sus vivos,
palpé la gratitud de los manteles,
salí a la servidumbre de la tierra,
comprobé la verdad
de cuanto fui y desconocía.
Las horas iban arrastrando
cadáveres, visiones, pobres lastres que pesan.
Volvían a mirarnos; nosotros a creerlas.
La vida, como siempre, me hospedaba en sus sombras.

ENCENDIA EL ESFUERZO DE ESTAR VIVO

Encendía el esfuerzo de estar vivo
cada mañana con la luz primera,
ritual con el que el hombre
ahuyenta su temor de transitorio.
Con él traía los cantos que la noche
oculta por las cimas sin que nadie los oiga,
despertándolos antes de que el sol los disperse.

Lo mismo que en su día el viento fue animando
el mundo y su silencio y le puso palabras,
él las borraba todas con su mano de lluvia
y dejaba la tierra igual que una pizarra,
virgen para el bautizo que su amor le dictase.
Colgó su alma entre las estaciones,
tensa red sin resquicio en que habitaran
mañana fugitivas, savias con frutos luminarios,
irreprimibles mares de ceniza,
victorias y esperanzas tal vez.
La soledad lo iba cercando contra un muro,
yerta distancia entre dos sueños
donde el hombre se aferra como a un tajo
que hiende y amenaza.

Cuanto tuvo vivió: fue nombre un día,
abierta estancia en que las voces
vagaron libremente,

bosque de polen, chorro de amapolas
guerreando contra el sol adverso.
En la mano tatuó su nacimiento
ancha eme de amor; de muerte, nunca.

ULTIMO DIALOGO

He venido a buscarte, callejón andariego,
capital de mi infancia, calentada
por luz tan fácil, soberbia tan alegre
que allanaba los límites domésticos.
He venido a tu encuentro porque sé que no existes.
Me ha relevado el tiempo,
y tu quehacer que asordarán los musgos
parece que aún resuena entre las piedras roncadas.
Mantienes tu corteza
no porque creas todavía:
hace tiempo que pasó la historia
su hoz por ti, derribando con ella
los muros que creíste irreemplazables.
La fe que te manaba fue cegada,
la casa, derruida; tú solo permaneces.
Del huerto aquél restituye las voces
el viento y nada más; luego, silencio.
Sosiego y sombra vuelven.
Los árboles postrados, sin fortuna,
ya no saben crecer. Por los aljibes,
abierta al sol de enero,
el agua voceó contenta, trajinando
bajo cada raíz. Ahora, una horda
de cuervos te visita,
te enluta. Donde estuvo
el crédulo molino girador,

y en los pedruscos que se entretenían
en hablar con las hierbas,
están depositando materiales innobles,
arena y alquitrán de otros parajes,
seres extraños para tus paredes
hechas no más de paternales cuidados.
Se han olvidado de quitarte la memoria,
pero yo te digo
que vivir sólo de ella no es bastante.

Recuerdas y recuerdo: bien está que así sea.
Sigo andando, me apoyo
en tus esquinas ojerosas,
pero tu lengua anda ya torpona,
no me habla propiamente como entonces.
Arriba desembocas; casi es cielo
tu pura ruina ciega. Miro
cómo te cruzan las cuadrillas
de mirlos y palomas y pardales.

Despierta el aire y restituye el tiempo.
Y un momento que dura en la memoria
se despliega, parece que es el mismo
de ayer. Si estará el tiempo
desandando la vida, yendo
hacia el no morir, desovillando
su hijo hacia aquel día, cuándo, cuándo.

Los clanes de lechuzas van posándose;
ya ven venir la noche, nos expulsan.
Cae la luz
hasta nueva señal.

Una fogata
enciende, allá, las sombras.

Lenta, acaba.

¿Serás vendido
por el fuego natal? Vasta fortuna,
tú también arderás antes de perecer.

INVIERNO

Allá por el invierno, voces acostumbradas
restablecían familiarmente la memoria.
La tibia castañera de melaza,
mazapán de la esquina,
rebullía en su fogón doméstico;
madre inverniza, arropaba
en su gruta votiva
el aroma aterido de los frutos.
La mano cuidadera, abría
la cáscara crujiente, desvelaba
el rumoroso vaho de la carne
marrón entre las grietas.

Ramos de lluvia, pájaros
sin regreso, lavaban
los últimos azules de la tierra.
De pronto, un ala, un pico
repentino, turbaban
la reflexiva calma de diciembre.
Pero todo volvía al silencio inicial.
Después, entre las viñas,
despertaba una voz,
un ladrido remiso, piedras
donde no tiembla ya
el sudor de las mieses ni pende
la colgadiza rama de verdor.

Bajo el yunque del trueno, un drago
yació por tierra, el agua
borbotó en los barrancos acechantes,
se adensaron las sombras,
como un mundo medroso fue la tarde
mientras la humedad rameaba los muros
y los gatos fosfóricos huían
sigilosos, rompiendo
la oscuridad.

Sólo los troncos
tuyos, nos daban compañía
chisporroteando, invierno, fiel
corola, pura manera de existir.

EL DESPERTAR

Levanta: las alondras
cruzan ya el aire azotando las cañas.
Apresúrate, mira
que las palomas se te adelantaron,
mantean la penumbra por librarla
de la rígida escarcha matinal.

¡Pregonen la mañana
tazón y pan trigueño!
¿Oyes? Es la madera: tenemos compañía.
¿Quién anda ahí a estas horas,
quién masca los papeles,
el ojo como grano de pimienta,
el roer sigiloso de truhán
que a la menor alarma oculta su botín?

¡Sacudid, abedules, la pereza del tronco!
Tú, agua testaruda, corres siempre
del chorro a la cisterna silabeando. ¿Es que no ves
que allá, en lo alto, surge la mañana?
Ya la luz recomienza: ya la vida es verdad.
Enreda el sol su oro por techos y ramajes.
¡Listo, Galpón! ¡Andando, Zapatero!

Duerme el barranco aún. Paz de la noche
sosiega sus recodos. Vete abriendo
camino en el silencio: nadie duerma.
Entre las piedras bullen los lagartos,
los cautos caracoles vagamente vigilan.
Arde ya el cielo y los majuelos bregan;
vivifica la tierra su matriz:
zumos, raíces, silbos remontando,
ardiente mediodía: la luz y nada más.

A la tarde, ganosos del hogar,
bien hondo el paso entre los broncos surcos
volvíamos.

La lámpara, detrás de la ventana.

EPITAFIO EN OCTUBRE

Muchacho tú, ¿recuerdas cuando el sol generoso
otorgaba su gracia, su soldada a los hombres,
y en tus manos ponía todo el fuego del mundo?
¿Recuerdas tú que el agua era una fruta abierta
y en cualquier estación aplacaba tu sed?
¿Qué hiciste entonces por merecer tal don?

Feliz herencia y no ganada recibiste:
un día alguien te legó la tierra.
Ah, dueño del mundo, qué soberbia
aplicaste a tu planta, libre
por los acantilados, sin piedad para el polvo
que hollabas, indiferente a leyes,
traicionadas canciones:
también la noche derriba piedra a piedra
la choza del mendigo...

Tu dimensión de selva pregonaste
erguida la cabeza, el ademán parejo,
ganado el corazón por una ráfaga
ebria como el cantar de las aves del bosque.
Entrar al mar fue hacerte con tu reino.
Soldado de fortuna, no existía la muerte:
su sorda cimitarra
tan puramente despreciaste
que a su rescoldo mil criaturas surgían,

ardían y, así, ardiendo,
por corredores diurnos alzaban las antorchas.

Muchacho tú, ¿qué hiciste
de tus manos, tus días? Resplandor
de un trigal acunado por el viento,
limpia mañana
con un pájaro a solas que a un leve signo de aire
vuela, se esfuma, pasma la pluma, pasa...
Nada temiste, que el temor es humano y nunca
la cordura habitó
en la argamasa de un destino fácil,
mano enemiga que se aventurase
a derribar los ídolos,
el hondo abrevadero de los astros,
su agreste música que el viento difundía.

Ahora,
vuelta atrás la memoria, asomado
al mirador postrero, maldice al transcurrido,
recoge gallardetes y dulzainas:
no enluten tus paredes
flores de trapo, palmas de tristeza.
Contempla taciturno cómo se aleja todo,
hasta que simplemente, hoja venida al suelo,
gota de cera dócil, cirio abajo,
vuelva el fruto a la tierra que lo había engendrado.
Despídete de ti, afianza las fallebas;
mira qué hermoso el huerto: con octubre
se desborda la luz bajo el cielo plomizo,
alardean las alas, y ya van de vencida.

Tu vida, aún falta de techo,
espera su sombría consistencia,
aunque después el tiempo te delate.
¿Aún recuerdas, muchacho?
Ponle sal a la viva escocadura,

carnaza al lobo. Y cuando huya
al monte entretenido,
iza tu casa, atiza los pabilos,
procúrate la luz.

Ya tu patria es el tiempo.

DE
CALENDAS

ENERO

No insistas más, zampoña, que no acierto
a preferir tu esquirla de agua clara
al son del viento y a su turba oscura
que me saca a la vida: sal, Luis Feria.

FEBRERO

Volverás a febrero y otra vez
te hallarás con las manos en las manos
de quien debió marchar y no se ha ido.
El fuego cerca, la rosa defendida,
el amor prohibiendo las distancias.

MARZO

Si apresta la ipomea su tentáculo grácil,
y la luna se bruñe en el ojo del lince,
y el sol atina el nombre de quien está cantando,
es marzo ya, razón para creer.

ABRIL

Regresan las guitarras y tú sin corazón.
Que se deshile el oro: tengo abril,
paraíso sin sombra donde cantar es ser.

MAYO

No tembléis más, álamos abiertos
por el viento volando y la luna que entra.
Mayo socorre al menesteroso;
mes de la caridad, no me abandones.

JUNIO

No soy de patria alguna ni a nadie pertenezco,
haragán en la yerba vivo por no morir,
sólo acato el desorden y nunca me importuno
por la suerte o la muerte que me pueda ocurrir.

JULIO

Yo no quiero poder, libérame de hierros,
gira rotundo, corazón total.
En el nombre del mal descrea, ve,
duro trueno, suena con mi trueno.

AGOSTO

Agosto forestal, apróntate a la guerra;
soy de bronca batalla, amo el bronce y el sol.
Con mi vida te reto; me vences o te puedo:
que las graves estrellas te protejan.

SEPTIEMBRE

Acompáñame el resto de mis días,
no te alejes, opuesto camarada;
mientras yo voy directo hacia la muerte
víveme tú quedándote en las ramas.

OCTUBRE

Mes de mi mal nacer, siempre serás mi impar:
el tiempo está rayéndome la vida,
a ti va recobrándote en el aire.

NOVIEMBRE

Dime cómo es la vida cuando no sé estar vivo,
despójame de sueños, que la tierra no espera.
Que tu empresa y la mía sean sólo el poema,
hiélame si algún día no me asombra mi oficio.

DICIEMBRE

Despojo de mi frente, aleja tu escombrera,
barraca de los muertos, no quiero más dolor,
por un río de sangre te vendo mi esqueleto,
devuélveme los huesos que me daban amor.

DE
CLEPSIDRA

Galán de los galanes, buenamente,
jinete el más galante, el de la escueta flor.
Vuela el cardo violado y trae a la memoria
como un perfume lento, quizás un turbio amor.

Hay días que son alma. Qué inocencia,
cómo se ve su luz.
Urge el paso y ándate a su encuentro,
su hierro irrazonable, su ramo de orfandad.

Sangra abril; qué púrpura arrecida,
qué yerba expiatoria
donde el hombre encausado llora su liviandad.

Me rehaces, junio el amarillo,
dispones por la fronda viento y hoz.
Me enajenas pero estoy en mí;
el alma es unitiva: somos uno aunque dos.

Cuchillo casi flor,
varón, buenafortuna, tango lento.
Te vivo; tú me asumes:
mi sangre es tan cruel como la tuya.

Son que me va acreciendo, golpe que agolpa sangre,
todo lleva a tu ser: vivir es vastedad.
Anúdate a mi cuerpo que buscan los cuchillos:
la tierra es una sed: cantas porque te vas.

El corro de las brujas prepara su conjura,
la luna lenta incuba su traición.
Corre una espuma espesa por la tierra:
enagüitas de niña, esconded vuestra flor.

Cuando cesa la lluvia sientes que un bien, que un halo,
como un presentimiento, un terco don, qué súplica,
te entra al corazón. Ah, mira que no ceje
su luz insoportable: es tu gran claridad,
tu infancia póstuma.

Placenta fiel, no sé de quién soy sueño,
por qué la primer muerte es el nacer.
No me basta una rosa para los días tristes:
lléname todo el pecho con tu consternación.

Transitoria es la plata; se nos pasma,
no nos avisa, pasa; ah, qué desolación.
Me sustentaba un cuerpo memorable;
ahora es sólo este frío, esta nueva sanción.

Paloma devastada, treintaún días quedan,
concédeme otra tregua, tenme amor, tenme amor.
Por tu ráfaga vuelo y en tu historia me inscribo.
Esparce mis palabras, no les digas adiós.

DE
SALUTACIONES

MUSGO

Merced, hermano.
Y me acurruco en tu limosna buena,
fray musgo Asís, francisco mendicante,
con qué amor tan prudente me arrebañas,
me dices tu conseja,
musgo más suave que el lamer del humo.

GALLINA

La gallina palurda
anda despatarrada por su barrio,
sin medias, la cresta descompuesta,
ansiosa, contoneándose,
entreabriendo las patas
al gallo vistosón,
haciendo de reinona remolona,
se aleja pero vuelve, despepita
los ojos, merodea,
aguarda cloqueando
a que el gallo la monte, recompone
las plumas copuladas, muy plebeya
redicha cacarea, ah qué gozada,
qué mañana de sol, qué revolcón, qué hombre.

CUCARACHA

No tomes más café, que así te has puesto,
sudanesa, tan esparrancada,
del sumidero al comedor,
de los garbanzos al sofá mellado.
Borrachuza, te juegas tu futuro:
todas las alpargatas, las escobas,
y los insecticidas,
te persiguen, te acosan, te desloman,
cuando asomas tu antena precavida
bajo una losa, dentro de un armario.
Pero tú ganas, al menor descuido
burlas el cerco, y toda velocípeda
te escabulles por cualquier rendija
sin dejar dirección, adiós muy buenas.

TAZA ROTA

¿Qué haré yo sin tu ojal, dónde pongo mi flor,
cómo voy a decirte secretos a la oreja
si ya no tienes asa?
Currita, cuántas cicatrices;
esta vez no podré encolarte.
Pero no temas, no irás a la basura
sin tu leche diaria; toma, ten.
Acaricio tu vientre nutritivo,
pongo los labios en tu borde
con desazón; qué frío. Que se diga:
en su último día fue feliz.
No tiembles, yo también te quiero.

PULGA

Negróna, escríbeme sin fuga,
sin tanto bullebulle,
cuzcusita, rabuja,
no te quedes de balde en mi pubis soltero,
no seas tan honesta,
ponte unas medias rojas,
púnzame así, aquí, aquí, ay,
no zigzaguees, basta, para,
no me hagas la guerra,
ven y hablemos de amor.

ROSA

Cuando descreo
me pongo en tu fogón deliberado,
me leo tus recetas del amor.
Qué bien se está
oyendo a las abejas inventándose a Mozart.
Bájate la camisa, que te vea el ombligo.
Y qué propicio es;
anda, sube a mi ojal:
la burguesía la inventó la rosa.

GOLONDRINAS

¿Y dónde es esa fiesta, que también quiero ir yo,
la casaca morita, el catite calado,
a qué hora será, que sonó la alborada
y se hizo trajín el aire lacio,
un daos prisa, pronto, mayo es nuestro?
¿Y qué celebrarán
que cuartean mi honra, birlan mi corazón
ciñéndome al compás de su rebozo negro?
Tanto me da, yo lo que quiero es ir
con ellas de jarana,
y tiempo habrá, si el día se empañase,
de buscar un cotarro mientras vierte la lluvia,
de adosarse a la hoguera y corcusir las nubes,
y otra vez de festejo, nunca acabe,
con tanta morabita sarracena.

GALLO

A mí no me confundes
con tu traviata y tu andar jarocho;
alardeas porque tienes miedo.
Eres el guapo de barriada, ¿y qué?
También fui mozo yo, y renegaba
del silencio, la hilaza de la bruma;
el sol, el sol y nada más.
Acércate, al oído:
¿quién trabaja para que tú comas,
quién se hace sobria para que destaques,
quién inventó la perfección del huevo?
Anda, sé generoso,
mira que ya en las plumas empieza a tener canas;
hazle un huevo por su cumpleaños.

MECEDORA VIEJA

Ruñidera, tú no me desahucies
en las noches de insomnio; acógeme en tu enagua,
arrima más el anca, prenda mía.
Estamos a la par; nos runfla el vientre,
retrasa el corazón, la taba nos ratea,
la entrepierna siempre descasada.
¿Qué podemos hacer? ¿Echarnos linimento,
ungüento de Madrás,
aceitillo, mostaza, agua bendita?
Alcánzame la alcuza y el hisopo,
los parches sorvirginia, el formol y la lezna;
verás qué remozón.
Un amor muy vicioso nos aguarda:
te trataré como a una cortesana;
tú, suavona, me arrastras más que un tango,
me dirás satisfecha: ah, qué canela fina.

CEBOLLA

Al baile de candil yo no te llevo
la teta al aire, el ombligo mondo,
sin compostura, como está mandado.
Empezará el chotís y nosotros en casa;
el bailongo en su auge; nosotros el pie quieto.
Los frailes me enseñaron que una dama
debe ir recatada, con sonrojo,
la honra puesta, el ademán modoso.
Oigo el rumor candongo de la música,
el humo de fritangas coge el aire,
las parejas canturrian, la flor de amor sospira,
y nosotros aquí
oyendo de pasar la vida breve.
No me empieces con lloros, ponte un mantón chiné.
Pero ya que lo pienso qué piel tan clara tienes;
ven que te vea mejor,
y qué tacto tan fino; ven que te palpe más.
Ay, qué rica suavura;
anda, sé buena, métete en la olla;
qué quieres tú,
es que te has puesto muy caperucita.

HORMIGA

Disciplinaria, mi doña cuaresma,
llévame a tu oficina subterránea.
Si asisto a tu trasiego es para aleccionarte:
detesto tu avidez, no me sumo a tu afán.
Quítate el delantal, súbete a mi guitarra,
bájate la braguilla, enseña el culo al mundo,
sé mi compinche, échate unos versos.
Puerca usura, ah la gran pereza.

AMAPOLA

Si por tu torre urgente me abatieran
pon vida en mis cenizas, échame tanta sangre
que al caer las estrellas me hallen destinado;
no podrá más la destrucción que el fuego.

DE

**SUBROGACION DE SOR EMERITA
Y OTROS PRODIGIOS**

SUBROGACION DE SOR EMERITA

Nunca se sospechó de sor Emérita,
bastarda de Roger de Flor
a la que concibió bajo la luna mater
y con Urano en la novena casa,
circunstancias que aprontan irracionalidad.
Entre otras falsías cometió el desafuero
de darse al amor sacro, con sus tramas y fintas,
a la usura y cohecho de la fe como empresa,
y al concepto aberrante de la condenación.
Defendió la barbarie de la inmortalidad,
se llagó con tomiza, levitó de atrición
al saber que almogávares sin ley
se ajustaban con putas abrasivas,
cayó en trance, y así
dio en la subrogación: se le atoraba el alma
mientras el cuerpo se le desavenía
husmeando al varón. Ah, la cuitada:
en Santa Beda Tercia cayó del Sinaí
a los brazos de Mosén Buñuel,
se arregostó a su cuerpo saturnal.
Ay belfo persiguierte, y cuán tenaz,
ay sotana verrionda,
ah tretas del Maligno que descree;
cuán verdadero el reino de este mundo.

DAMA EN NAPOLES

Publia Pompeia Clara,
de la nómina extensa de las aliviadoras,
urgía a los cristianos
con su pubis de fucsia
y sus labios dementes donde aguardaba el sol.
Sus párpados, que plateaba el minio,
decidían la suerte:
bajos, que amaba; altos, no accedía.
Hacia su año oncenio
el augur, que mixtifica al ser,
le presagió con sus dados de oro,
cierta ignominia,
entre otras confusas certidumbres.
Llegado el día
cedió a la transgresión
por horror, por piedad;
se abrió al leproso en celo, lo odió por su cuantía,
lo deslenguó cuando contrajo el mal.
De ella se sabe aún
que inventó la salmodia,
oyó hablar de la orquídea
y amó los barandales a la luz de la luna.
Su cabeza, vendida por un ciego,
se venera incorrupta
en la capilla umbría de la Lacrima Sacra.
La historia, fraudulenta, mas hermosa,
posible por urente,

merece ser verdad, que la hayan escrito
Emiliano o Catón, tal vez Suetonio.
No lo fue, sin embargo; así transcrita
figura en los Anales, nunca en el Santoral.

TERESA DE CEPEDA DESACRALIZADA

Algunos albigenses vejatorios
que propalaron en el XVII
su doctrina nefanda,
sostuvieron que Santa Teresa
"empleaba un remedio contra el mal de vejiga
al que llamaba diacodi6n
y absorbía de un cop6n sin uso".
La fórmula, esotérica,
pasaba por invento de Fray Justo de Urbel,
capellán coadjutor de San Juan del Espejo,
y el ingerirlo sigilosamente
producía alucinaciones
que ella llamaba éxtasis.
Otrosí, concluyen corrosivos:
"no es de extrañar que ella, la fuente espiritual,
no expusiera desde qué supuesto,
uno con la Divina Voluntad,
podría tolerarse la llama de amor vivo
lograda con receta oculta
y bebedizo propio de azacanes".
Los Hijos del Veraz advirtieron al fiel:
"el mal acecha bajo formas suasorias;
Teresa de Cepeda es ejemplo notorio".
Su acusaci6n, si heterodoxa, estricta,
no prosperó:
el bien resulta siempre prescindible.

LA ESCLAVA NUBIA

La esclava negra
hurtada a la sabana y al alisio,
con su encía de púrpura sonríe
mientras odia al romano
que la soborna con ajorcas de oro
y le inculca la insidia,
la molicie, el estupro.
Sus ojos vulnerados ven pasmarse a los héroes,
abjurar al cristiano ante el pretor burlante
por cuarenta favores y un puesto de porquero.
Echada en la penumbra
sorbe la menta, nutre los lampones
con pechos de corneja que dan llama vivaz:
no tardará el asiduo en visitar su alcoba.
Su cuerpo que el ofidio ambicionara
accede sin pasión a la mano fruitiva;
su corazón vallado no consiente:
sólo alberga desdén, si no aversión.
Pronto lo decidió; sus dioses asintieron;
un eunuco clemente le dio fin,
en plena pubertad,
por dos zafiros y una noche a solas.
Por el Tirreno augusto transcurrió un ataúd
con sus miembros incólumes;

ojalá en la corriente arribe el bulto un día
al río natalicio, que el Níger de su honor
devuelva su inocencia
al cocodrilo rey, presida el ofertorio
de aquella que nació para ser baobab
y que ya no será digna del ibis,
sí pasto de lampreas.

RETRATO DE VILMA WESHLEY

Vilma Weshley,
que visitaba España con desidia,
notó, en un convento,
que una dama —“Rosario de Saltueña”—,
obra del fraile Antonio de Aquisgrán,
la contemplaba, cómplice,
desde un retrato del siglo XVIII.
Sobresaltada, comprobó
que era su propio rostro el que veía.
Inquieta, denegó; admitió al fin
la evidencia, la exactitud total
de facciones, cabello.
Vuelta a su patria, obsesa
cambió todos sus rasgos mediante cirugía.
Su inclinación al arte la condujo
a un museo local, donde colgaban
veinte óleos diversos del siglo XVIII
legados en su ausencia por un benefactor.
Desde un retrato, una cara idéntica
a la suya de ahora, miraba despectiva.
Un rótulo rezaba sobre el marco:
“Vilma Weshley, de Antonio de Aquisgrán.
1690-1713”.

DE
DE AMOR

INFANTA

Doña Urraca, trece años quedos,
sobrellevó sus días sin arrojo
y con perplejidad; optó por la prudencia,
sin subversiones y con miramientos,
y no empleó en su propio beneficio
vileza ni traición; la empecató la ética.
En su estancia banal, donde esparció sus horas,
compuso versos torpes y prosa desechable,
tocó las tejoletas con tino, mas sin gracia,
y entonó con finura
algunas partituras, canciones sin destino.
En la cámara anexa atesoraba
un pájaro quetzal, una diamela,
una viola bastarda, un sestercio gastado
y un frasco de aguamiel
que Calpurnia, su tía, preparaba
y mezclaba con triaca en un vasito
no por yerro, sí por inducción
de Fabio Mudarra, su entenado.
Mas no hubo ocasión para la flor
ni bosque para el ave;
al cumplir su catorce aniversario
la dosis del narcótico, quizá la coronaria,
produjo sobreluz o éxtasis mortuario
a doña Urraca Adviento;
un cresco caballero la transía
con magnitud y afán. Mas tarde era llegado,

pues que ya la ganaba
el vidrioso estupor; escucha inerte
las ruedas del carruaje, cómo clavan su féretro.
La del alba sería; queda exánime;
no hay boca con su boca, no hay mano entre sus manos.
Alto cantaba un ave, y tristemente.
Ah, grande soledad: cesó la rosa abstracta.

TRAHIT SUA QUEMQUE VOLUPTAS

Según refiere Tarsio, de tendencia procaz,
Brunetto delle Corsine, que marchaba al destierro,
se abandonó a su hermana
con desmesura y con avidez,
torpes los labios y la mano incierta,
agraz él; ella en flor.
Los protegió Lupercio, ahuyentador del lobo,
y la noche pasible que los recuerda aún.
Se dirigía al Mincio,
donde el aire se tiñe del color de las jaras
y las piedras murmuran cuando hay luna llena.
Castellrosso di Sabbia vio asentarse su stirpe
que tuvo como lema: *el amor: nada más*.
Años después, añade Tarsio,
una dama maltrecha en su piel, no en su gracia,
vive sin ser, sufre un hondo encelo:
ambiciona a Ginello, suyo y de su hermano,
agreste como el júbilo, incipiente en amor.
Tres días sucesivos oyó sangrar al mar,
crepitar las estrellas, llover lodo.
¿Eran señal de oprobio o de aquiescencia?
Sobre este tema oblicuo Tarsio calla.

TROTA CONVENTOS REPRENDE A SU CRIADO EN NOMBRE DE UNA SUPUESTA REGLA AUREA

Contén, garzón, tu vara irreverente
que recorres con dedos fruitivos
y solfeo y vaivén tan admirables
que puedes entonar un solo de siringa
presto, allegro, a furore,
dolcemente, a due dita o a tutta piena orchestra.
Frena un instante tu pajotería,
arría el banderín,
cesa en tu despelleje del pendejo
o lo reducirás
a piltrafa o pingajo. No respetas
la regla áurea, ley para el patricio:
Estética y placer no han de desmerecer.
Ah, qué hirsuta alimaña,
ah la muy desmedida, qué bien sabe tenerse,
y qué compuesta su mampostería.
Fuese yo urna para tu hisopillo
o madriguera para tu lobeño.
Olvida mi diatriba, puñetero solvente,
maroma pertinaz, culebrón deleitoso.
Tener funda de seda para tu cimitarra...

ZAID BEN ABDUL SUPLICA AL GORRION

¿Eres quizás el mismo, el insolente
que probó los confites en las bodas de Ciro
y en la cuna de Cam se despulgaba,
el que en los barandales se obsequiaba con sol?
¿Aún recuerdas que yo envenené a las aves
camino de Sanlúcar, y maté a mi alfaraz,
asesiné a la tropa y traicioné a los míos
para que no supiesen mi exilio y deshonor?
Nadie debía verlo:
ni la olivarda ovante ni la brújula torva,
ni el salitre, ni el naípe, ni el furtivo arroaz.
Turbia misión la mía; de cumplirla me acuso.
¿Tú escapaste
y ahora vuelves, leve como Junio,
de sovolar el Darro, azacán de sus aguas,
o surto en el Genil memorioso te acuerdas?
Soy Zaid ben Abdul, el exterminador.
Desde mi columnario te contemplo,
aproxímate más, ven, sé clemente,
bulle sobre mí urna funeraria, alójate en mi frente
prescindible.
Quédate aún: ve que no tengo amor.

DE
DINDE

EL PAJARITO

Para Antonio Alvarez de la Rosa

Al dichoso pajarito le hubiéramos retorcido el pescuezo. Rompíamos el jarrón dorado con dragones, crisantemos y otros floripondios y, aunque escondíamos bien los pedazos, los encontraban enseguida.

Si tirábamos sobre el armario la comida que no nos gustaba, después de hacerla bolitas y envolverla en papel de periódico, lo mismo. Cuando le pegábamos coces a la gata tuerta, que salía tarifando, o bailábamos un zapateado a lo Fred Astaire sobre el sofá nuevo, hasta que rechinaban los muelles, también se enteraban. O de que bañásemos a las gallinas donde lavaban la ropa blanca, a ver si con el añil ponían los huevos azules.

Y todo lo sabían por el pajarito. Daba la impresión de que nos seguía por todas partes sin que lo viéramos y luego iba con el cuento.

Salíamos al jardín furiosos, decididos a arreglar el asunto como fuera. Pero entre el desbarajuste de pájaros que frecuentaban los alrededores, cualquiera distinguía al soplón. Y como al vernos nos contaban tantas cosas de viajes y aventuras, nos ponían el ala sobre el hombro conciliadores, y además ya iba para seis años que éramos amigos, termi-

nábamos por perdonar al desconocido culpable y marcharnos con ellos, aunque remolones y mosqueados y mirándolos de reojo, de vez en cuando, a ver si alguno se delataba.

DOÑA HERMINIA

Llegaba con la tardecita. Avanzaba despacio, boyante, oronda, bandeándose de costado con todas las velas de su anatomía desplegadas. Antes de elegir una silla la observaba cuidadosamente, y luego la limpiaba con un enorme pañuelo a cuadros. Satisfecha, sacaba del derrengado bolso un paquete de caramelos, sobadas aleluyas, un carrete de hilo azul, fotografías pringosas, y se repantigaba a gusto sonriendo bobamente, mirando su averiada mercadería con profunda ternura.

Cualquier sugerencia bastaba: Doña Herminia cogía cuerdo y se ponía a cantar con un hilo de voz, fijos los ojos en un árbol, en sus manos, en nosotros, pero viendo en realidad seres y cosas que sólo ella percibía, fantasmas familiares de su mundo. La musiquilla terminaba con una especie de redoble de tambor repicado con la lengua y de tonos más altos.

Después de la canción, contaba el sueño de la noche anterior. Exaltada, se ponía en pie para accionar, nos indicaba la altura de su castillo de oro y el tamaño de su gran diadema. De pronto, y casi simultáneamente, se echaba a reír a la vez que prorrumpía en un llanto desconsolado, y pasaba casi de inmediato a entonar desafinadamente esta copla:

*Si la niña no tiene
quien la entretenga
no se pare en la puerta
con el que venga.
Porque de noche,
salen los gatos pardos
a troche y moche.*

Nosotros, después de observarla extasiados un rato, o de intentar quitarle un cigarrito negro de los que siempre llevaba, nos cansábamos de aguantarla, y nos largábamos vociferando, irrespetuosos con ella y con su poesía:

*Si la niña no tiene
quien la entretenga
que venga por la casa
de mister Feria.*

LORENZA

El modelo que todos los niños queríamos seguir se llamaba Lorenza. No se le conocían oficio ni beneficio, y aparecía por donde y cuando menos se la esperaba, como un pájaro ceniciento sin pluma ni cobertizo al que no precedía ninguna estación ni anunciaban señales precursoras.

Subíamos un recuesto, y allá en lo alto andaba Lorenza, con los vestidos mugrientos y haraposos, un sombrero de hombre atravesado de agujeros y suciedades, fumando interminablemente su cachimba. Por la espiral del humo se iba derecha al limbo, sumida en desconocidas meditaciones, en cábalas que sólo ella conocía.

Al doblar una esquina nos la encontrábamos, capitana de una chiquillería jaranera, taponando una calleja, estorbando el tránsito, atronando con tambores chirriantes y arrastrando changarros que resonaban por el pavimento ensartados en una cuerda como ristras de cebollas.

Lorenza desapareció y nadie sabía en qué aldea andaría pidiendo la perra chica, mendigando con su voz rasposa, casi inhumana. Y por la primavera, cuando nadie la esperaba y todos habíamos empezado a olvidarla un poco, a pensar que, después de todo, había sido un invento de los niños para figurar nuestro afán de libertad y bullicio, apareció Lorenza remozada, canturreando ensimismada. Ni siquiera se acordaba de pedir para el niño que traía en brazos; lo

mecía torpemente, lo arropaba, y no sabía el nombre del que se lo había dado ni recordaba el duro parto, a solas en cualquier cuneta del camino, asistida por la tierra y las chumberas.

Pero el hijo no quiso vivir, y apenas le duró lo que el calor de una hoguera. Lorenza volvió a sumirse en su aislamiento torvo, olvidándose cómo se vive, dejándose morir.

EL VIENTO

Parecía que no estaba y, de pronto, cansado de estar quieto, se alzaba pujante, corría pendenciero y batallador, hendía por sorpresa las dóciles cañas sacándoles un silbo prolongado y medroso.

A las palmeras las enloquecía, las transformaba en altos molinos de aspas restallantes que giraban acosadas flagelando las nubes a su alcance, lanzándolas indefensas a la deriva.

Con el vilano, en cambio, jugaba como un perro. Liviano, propicio, y quedo, lo subía hasta un árbol, lo bajaba poco a poco topándolo, se revolcaba con él por tierra y lo soplaba luego para que eligiese su destino. El vilano se alejaba como un copo caliente, inmaterial y leve, dejando al trasvolar un trazo sólo, una invisible cicatriz.

LA PIANOLA

La Pianola era rubita, desmedrada, escasa de pelo, poltrona y tirando a malfamada. Eso sí; tenía pocas carnes pero complacientes.

En las fiestas de San Miguel siempre estaba la primera, con un geranio en la cabeza, muy apersonada, bien peripuesta y con ganas de bailoteo. En cuanto empezaba el tachunda¹ se le alegraban las pajaritas, salía disparada a la pista. A la luz tiznosa de los candiles se la veía macilenta, pilonga, feliz entre el humazo del carburo. Bajo las cadenetas de moñas de papel, su piel de cartón la asemejaba a las muñecas de la tómbola. Y cuando la noche se espesaba, propicia y consentidora, la Pianola se iba poniendo lánguida, dengosa, arrulladora, se abandonaba rendida y jadeante.

Las buganvillas la veían pasar bajo sus flores rojas, que incendiaban las noches del verano, las yerbas sin nombre mullían su almohada, volcaban en la sombra su mínima fragancia bajo el cuerpo de La Pianola y el de algún hombre recio, de huesos duros y áspero amor urgente.

La Pianola desapareció un buen día. Hasta años más tarde no comprendimos su corazón fugaz, que se desquitaba de aquellas pupilas desteñidas y de aquellas carnes trefes ni su corazón erróneo, que no echaba raíz como no la echa el viento.

¹ Orquesta mala, desafinada, chirriante. Murga. (N. del A.)

PISALGATO

A Jeremías Sotero no le faltaba ni el diente de oro para ser un figurín. No digamos nada del bastoncillo de caña y el sombrero. La gente lo llamaba Pisalgato, seguramente por sus andares melifluos, como si tratara continuamente de evitar un charco o de no pisar una basura.

Lo que no se explicaba nadie era de dónde le provenía tanta elegancia, su padre jamás tuvo tiempo de quitarse del todo las huellas sangrientas de los animales que sacrificaba; la madre, dura y gastada, ni intentaba ya liberarse del olor a jabón barato, lejía y humo que le impregnaba la ropa, que la hacían más humilde aún.

A Pisalgato se le vio el plumero desde el principio: se distraía cuando clavaba suelas; se estaba leyendo hasta las tantas extraños libros de genealogía, diccionarios que no tenían nada que ver con profesión decente ni conocida.

Cómo consiguió casarse con mujer rica fue cosa de asombro, a no ser que le ofreciese a aquel derribo humano un cambio monstruoso en el cual el advenedizo apostaba su juventud contra el oro ganador de ella. Pero la vieja sabía muy bien que ningún poder humano le encendería de nuevo los ojos, le remendaría los pliegues de la cara.

Pisalgato ingresó desde entonces en la sociedad de los farolintifláuticos¹, con lazo de pajarita y puños almidonados desde por la mañana.

La gente, con certero instinto, lo rebautizó: Oprimeminiños. Pero nadie se atrevió a decírselo en la cara, a preguntarle qué había hecho con su vida. Porque Pisalgato no tenía amigos, ni hubo mujer que lo salvara mirándolo hasta las raíces de la sangre.

¹ Extremada y falsamente refinado. (N. del A.)

REINA

Para Angeles Ruiz y Serafín Pro

Detrás de la pared carcomida, de los postigos carriados por el sol, se ocultaba cuanto valía la pena saber, la cabeza del dragón, la clave del secreto, hondo y turbador, con que decían el nombre: Reina.

En la penumbra apenas entibiada por el farol esquinero, se entreabría y se cerraba la puerta como un fogonazo; sólo percibíamos el patio, el revoloteo de una bata, el arranque de unas escaleras, personas; música y risas broncas nos salpicaban la cara igual que un aletazo.

Aquel pasillo inquietante como una espera, oculto como un sueño, y aquella puerta por donde se entraba a la vida, se convirtieron en lo inalcanzable, en el irreductible territorio de los mayores. Un vaho a madreselvas, vinazo y salitre, merodeaba por la calleja, en la que remoloneábamos inquietos, de paso hacia ninguna parte, acechando. Reina...

Cierta tarde, una mujer resquebrajada, que se contoneaba sabiamente al andar, se dirigió hacia la casa seguida por un grupo promiscuo al que guiñaba grotescamente sus ojos cuarteados, y con ellos entró por la puerta prohibida. Al atisbar, pudimos sorprender un revoleo de batas, manos ocupadas en revueltos menesteres, voces que se agrietaban de ebriedad y de vida.

Nos quedamos a solas en la acera, atenazados por un misterio casi desvelado, a punto de ser descubiertos. Como sabíamos que no nos dejarían entrar, corrimos sin parar hasta la playa y, sin desnudarnos, hundimos en el mar nuestra desazón. Pero era inútil engañarnos; algo como una fiebre nos arrastraba hacia el turbio callejón, nos empujaba hasta aquel patio de la libertad, a no sé qué muerte, qué destino.

EL AMOR

Nuestro contorno era inacabable. Al norte los ojos de la madre, tan azules que no comprendíamos cómo el cielo seguía intacto. Al sur, la fortaleza del padre apuntalando nuestro vivir, manteniéndolo tan vasto como un incendio al que el viento incrementa.

Y por todos los puntos cardinales, el ciclamor y la noctiluca, el panul y la sogalinda, la zara y el nochizo, la dorada, la cicindela, el sicomoro y las mil aves del trino y del trasvuelo, las mil raíces que se abren en su día. Pero el humo, mientras, advertía que el hombre pasa y que el tiempo lo usurpa.

Un día impensado, del que no conservamos fecha ni nombre, una recia corriente se abrió paso en el pecho. El sentir, antes plácido, empezó a desterrarnos del presente, fuera de nuestros márgenes habituales. Turbulento, nos arrastraba hacia un espacio desconocido, nos obligaba a nosotros, los siempre libres.

La incertidumbre, cálida y temida, se propagó sin tregua, nos exaltaba atemorizándonos. Lo que no deseábamos, lo queríamos; lo que no ignorábamos, venía a sorprendernos; vivíamos de esperar lo rechazado. El corazón giraba buscando sin saber y se fijaba en lo que no entendía. Llamábamos, pero no acudían los amigos de siempre, y si

llegaban ninguno de ellos sabía ya explicarnos la vida, abrirnos sus puertas: cada hombre debe lograr su albergue.

Así terminó un día el tiempo sin historia, las horas con leyenda. Nos vimos impelidos hacia una oscuridad, hacia una luz profunda que nos salvaba encendiendo con fuerza sus cuatro letras hondas.

DE
MAS QUE EL MAR

LAS BOTAS

Para Pizca y Jorge Rodríguez Padrón

Después de una excursión o de una caminata las botas llegaban a casa magulladas, llenas de polvo, con rasguños y con agujetas. Como rezongaban, las metíamos muy al fondo, debajo de la cama, pero no nos dejaban dormir con sus protestas.

Las encerrábamos en el armario; nos gritaban que si encima las queríamos asfixiar. Al fin acabábamos por sacarlas del cuarto; así, además de no oírlas, no se olvidarían de limpiarlas y de ponerles bálsamo betún en las escoceduras.

Durante unos días usábamos sandalias o alpargatas. Estupendo; por la noche sólo se quejaban la madera de la cama cuando se acordaba del bosque; la almohada si no le decíamos que ni una paloma era más blanca que ella; y la pared, porque le habían clavado un cuadro y le dolía.

Al cabo de unos días, las botas reaparecían relucientes, con los cordones y las suelas nuevas. ¡Qué bien, eh, qué guaperas os han dejado!, les decíamos.

Nos miraban ceñudas. Cuando nos las poníamos, nos apretaban adrede, nos mordían los pies, refunfuñaban: hay que ver qué manía de andar tienen algunos...

LAS PALOMAS

¿Quién arrojó la plata por el aire? Un resplandor rasante,
una ráfaga umbría: palomas en la noche, su vaho somno-
liento.

Damas de mucho amor y ávido pecho, por la cuna del
viento iban con lento vuelo, abriendo su ramaje, meciendo
su flor vana, afilándole al hombre la hoz del corazón.

Pura secta pagana sin muerte y sin designio, clamor y
nada más. Alta patria por siempre: gracias por la inocencia:
volar bastara, crear la libertad mientras se asciende.

EL GUAYABO

Agreste aún la infancia, mas no la flor de cal de los almendros, la lluvia, suelta de repente, se arrojó al día incierto, el guayabo entreabrió su sabia incertidumbre, reavivando a la par un trance, un arrebato. Desde el rincón con piedras y con musgos, su olor a cuerpo echado no fue una disensión; un aroma —un amor— siempre nos corrobora, nos incita y persuade.

Irse pero quedarse; no se podía huir: su olor caribe, su pulpa terciopelo, nos ataban. Desamarrarnos sería desventura.

LAS AMAPOLAS

En el día leal o en la noche contraria, un borbotón de sangre; amapolas abriéndose, su sábana nupcial.

Qué regusto de vida: no buscaran en ellas sombras, desolación, el fuego inaccesible de los astros; eran el cielo urgente, el hueso no sepulto. La llama adicta del fuego celebrante.

EL JACARANDA

También el mar a veces siente horror, oye el fragor de muertos y nonatos, una espuma enconada que lo hostiga. Por el aire enviscado escapa, asciende, afluye su querella en el jacarandá.

Mar sobre el mundo, azul inmoderado. La incertidumbre de vivir se acalla, nos acomoda un turbio bienestar. Siete océanos levan su vela cegadora. No existe la zozobra; navegamos.

EL FUEGO

En la noche obstinada, sin lámparas ni signos, la llama abrió su faca de cien brillos, organizó sus ramos en vínculos calientes; fulguró el fuego, negación de la muerte.

Como una insolación: ardió sin exterminio. Palpó el entorno: reconoció la vida, y su color cruel dio al viento su estandarte, fundó en el cielo sus consternaciones. Lo que no pudo el sol lo pudo él; destruir el azar; para arder existía.

LA VIOLETA

En la noche del alma el dolor del sentir se mitigaba con su absorto olor, serenaba la llaga, el querellado hallaba su llama de amor vivo.

Estando ya su casa sosegada allí se entraba para no salir, su soledad sonora manando su alimento, el labio sosegado bebiendo de su sed.

Unción de la violeta; no la tocaran más, que así es su vivir.

SELECCION DE
INEDITOS

QUERELLAS DE AMOR

IV

Cuando duermes me arrojas a las sombras,
acecho tus pupilas, tengo sed, tengo sed.
Es de noche de día, qué frío hace en agosto,
tus párpados me dejan sin saber qué mirar.
A las puertas del sol me abandonas y cierras,
no me niegues más veces, vivo y no sé quién soy.
Regazo de mi vida, mi evidencia, mi asombro,
despierta, que amanezca, no me ensombrezcas más.

QUERELLAS DE AMOR

VI

Más que la tierra, menta perezosa,
siento tu sangre que me suma sangre,
tus párpados cargados de sol y de salitre
donde los días por vivir se aprestan.
Mi cómplice, bastarda, mi raposa,
merodeo tu sexo, tu lengua de sedal:
sábanas impacientes nos aguardan,
me implican tus axilas donde absorbo el azúcar,
me empozo entre tus muslos de cal depredadora.
No me alejes tu sed, mi dulce y decisiva;
si amar es definir que hablen los cuerpos;
olvidemos ahora conceptos y palabras,
volvamos a empezar: somos dos todavía.

LIRIO CARDENO

Muy dentro de su vida, no se sabe qué yerro, qué escarnio o qué vileza, ansiaba la ternura, el ardor de los cuerpos consumándose. Mal de orfandad; tal vez fuese un rescoldo del corazón cansado.

SAUCE

Al percutir la noche el silencio sonó, bandería del viento despertando. Por el sauce en desorden va un rumor que reincide, un reguero de astros reticentes.

Un cresco parabién la lluvia que cundía, las hojas espumosas cabrilleantes, las ramas de murmullo bajo el agua. Por la raíz, la vida rompe, irrumpe.

NUBES

Para robar el fuego habían nacido; un momento bajaban;
volvían a ascender con un halo cruento.

Retener lo huidero: espuma entre los dedos. Cuanto no
pudo ser ellas lo eran; lo que nunca será lo fueron un
instante.

Vivir aunque perdamos, seguir aun presos. Aquí y ahora
ser un trazo, un humo. Ah, nubes, nunca más.

LOS ASTROS

Nacieron con nosotros, pero se enajenaron; su luz fue más celeste que la nuestra, menor su adversidad, su sed no desmedida.

Cegaban como afrenta, negaban la inocencia; nos quisieron ceder todo el poder del mundo; renunciarnos a tiempo, no fuera a destruirnos. Los hombres que eran débiles lloraron; nunca nosotros.

ROSTROS

Transcurrían, y, al transcurrir, sus rasgos, cargados de ceniza, avizoraban la miseria. Una pasión era su gesto indescifrable; ceñudo a veces; presagador o zozobante otras.

En ocasiones se enjibaban zorreros, husmeaban vacilantes, retenían su perplejidad entre sus dientes desastrosos, sus manos emputecidas. Qué nudo, entonces, sus pasos zigzagueantes, tan agónicos, y cuánta usurpación su casi patria de discordia. Eran la huesa de la tierra hecha cruz en el espacio jíbaro.

AHORA

Ahora que la noche se puebla de falenas, y que la luna magna nos olvida y prosigue, ahora que el vulturno nos revuelca la sangre, y pende la arracada de astros y de versos, ahora que la piéride entreduerme a la berza y el arúspice ahonda en la roja garduña, cuando el mirlo querella y es en vano su silbo, y el murciélago arrastra su vuelo por la vasta nocturnidad endormida, el ormesí se aviene bajo tu bulto, el mío, y las grímpolas trémulas revuelan en el pecho, y el turíbulo aroma nuestros labios exhaustos, ahora caigo en tu cuerpo como el dardabasí, dulce como el orvallo entre tus muslos félicos...

LAURA VELA EN EL PAIS DE LAS MARAVILLAS

Laura Vela pregunta:
¿todos los niños son de hierbabuena?
¿Si me aprieto el ombligo vienen gatos?
Y se apulga, se aflora, se devana,
se pone el pico de las cacatúas,
se sube en las bandadas de gaviotas,
entra por los espejos cuando quiere,
ramonea, se amusga, se agavilla,
deshoja una gallina para hacerse unos guantes,
lleva el sol como un globo, con un hilo,
pone lluvia en un frasco para echarse colonia
y se saca a puñados el mundo de un bolsillo.
Quiere que la metamos en una botellita
y la echemos al mar para ver dónde llega.
No la busquéis: se esconde en una aguja.
Es amiga del diablo, por eso nos desdeña.

LAGRIMA

Ah, qué verdad este llanto,
su lluvia preocupada;
viene con su jauría, busca mi pecho oscuro.
Cómo escuece su arpón, cómo me azota el párpado
una lágrima, hebra
de dura desazón.
Cae en mi rostro su turbia pubertad,
quizá rencor,
rocío muy veraz o despedida.

ARRAS

Hoy no existe la muerte; vasto instante,
qué clamor de la vida.
...pero, ay, gavián, no alcanzo el firmamento.

* * *

Indolencia, qué más nos da la vida.
Ver caer las estrellas sin temblar.
Unos labios de amor coronación serían.

* * *

Sin nombre, indestructible, aún perduras.
En tu cráneo ya mondo tañe el arpa de hierro.

* * *

No quiero más amor, pues que me acaba,
pero sí quiero, pues que me zahonda.
Aprisa, o la flor es ida;
enhoramala si se yela el pecho.

EL BESO

Del llanto y de la música venía, y al transgredir el caos la muerte, la memoria, nos ofreció su aroma de orfandad, su canto o desmesura, paloma desplegada buscándonos la lengua, doliéndonos los huesos, sabor a pubertad, a vida, a sangre, terciopelo en los dientes y espesura, cuanto se fue volviendo en la saliva, todo lo que nos hiere siendo, siendo.

ULTIMO AMOR

Para P.M.

Si un amor nos desvasta, ¿quién velará las ruinas del pecho malparado, qué otro amor, qué otro amor, corazón sin jornal?

Ah el rumor de un amor, sinrazón, desafuero, ramo de mala sangre, ordenas, y todo halla sentido, la vida es desmesura, el daño una virtud.

Mediodía del ser, urgencia de donarse; cuanto más nos arrasan más nos crecen; a mayor lacerar más diurnos somos.

EL POEMA

Ramo de sangre, arpón en todo el pecho, lengua que propiciaba el corazón voraz. Su estirpe apasionada nos arrojó a la vida; no se someten ni el amor ni el mar.

Rosa fiel que el tiempo no ha secado, mayor que el cielo, no menor que el vacío, sudor o sangre, o vida, o tierra, o muerte; nunca nos faltes; el hueco de tu ausencia huele a miedo.

Luis Feria (Santa Cruz de Tenerife, 1927). Cursó el bachillerato en su ciudad natal. Completó su formación en Madrid, ciudad en donde residió de forma ininterrumpida hasta finales de los años setenta.

En 1961, su primer libro, *Conciencia*, merece el premio Adonais. Tres años después se le concede el premio Boscán a su segundo libro: *Fábulas de octubre*.

Excepción hecha de la edición de su poema *El Funeral* (1965), Luis Feria no vuelve a publicar hasta 1981 cuando, tras fijar su residencia en Tenerife, aparece *Calendas*, seguido —en 1983— de *Clepsidra*. Son años particularmente fecundos y de feliz proyección editorial: en ese mismo año, la editorial Bruguera publica *Dinde*, libro de prosas que alcanza un gran éxito y notable popularidad. En 1985 aparece *Salutaciones*; en 1986, *Más que el mar*, un nuevo libro poético en prosa, que será finalista del Premio Nacional de Poesía de ese año. *Subrogación de sor Emérta y otros prodigios* (1987) y *De amor* (1988) son dos breves entregas de su última producción, entre la que debemos señalar tres libros concluidos de más o menos inmediata aparición.

Luis Feria es también autor de numerosas narraciones, aparecidas en diversas revistas españolas (*Cuadernos Hispanoamericanos*, *La Estafeta Literaria*...) e hispanoamericanas

(*Enlace, Cielo abierto...*). Y un cuento suyo, *Pupupidu*, mereció una Hucha de Oro, en el concurso anual convocado por la Confederación Española de Cajas de Ahorros.

De su labor como traductor cabe destacar las versiones de Paul Eluard, Constantin Cavafis y Truman Capote.

Jorge Rodríguez Padrón (Las Palmas, 1943). Estudios de bachillerato en su ciudad natal y de Filosofía y Letras en las Universidades de La Laguna (Tenerife) y Madrid. Doctor en Filosofía y Letras. Periodista. Catedrático de Literatura. Reside actualmente en Madrid.

Aunque publica inicialmente una breve entrega poética, *Geografía en Historia* (Mafasca. Las Palmas, 1968), su labor literaria se ha centrado casi exclusivamente en la crítica literaria, dedicando especial atención al estudio de escritores canarios e hispanoamericanos.

En 1967 publicó *Domingo Rivero, poeta del cuerpo* (Prensa Española. Madrid); en 1973, *Tres poetas contemporáneos: Valéry, Pavese, Paz* (El Museo Canario. Las Palmas). En 1976 apareció *Octavio Paz* (Ed. Júcar. Madrid), primer ensayo de conjunto sobre el poeta mexicano publicado en España.

En 1984 la editorial Espasa-Calpe, de Madrid, publica su *Antología de poesía hispanoamericana 1915-1980*. En 1985 aparece *Una aproximación a la nueva narrativa en Canarias* (Aula de Cultura. Tenerife), redacción revisada y ampliada del libro que, con el mismo título, obtuviera en 1975 el Premio de Erudición "Viera y Clavijo", del Cabildo Insular de Gran Canaria.

Además de numerosos artículos en la prensa local y nacional, y en revistas españolas e hispanoamericanas, ha

preparado, entre otras, las ediciones de *El paraíso de los nudos*, de Agustín Millares Sall (Edirca. Las Palmas, 1980); de *Guad*, de Alfonso García Ramos (Interinsular. Tenerife, 1983); de *Fetasa*, de Isaac de Vega (Interinsular. Tenerife, 1984) y de *El tamaño del infierno*, de Arturo Azuela (Cátedra. Madrid, 1985).

Fue redactor, desde su fundación, de la revista grancanaria *Fablas*. En 1968 creó, y dirigió en su primera etapa, la sección Viernes Literario, del diario *La Provincia*, en Las Palmas.



Biblioteca Básica Canaria

1. *Historia de la Literatura Canaria*: María Rosa Alonso Rodríguez.
2. *Romancero Tradicional Canario*: Maximiano Trapero.
3. *Lírica Tradicional Canaria*: Maximiano Trapero.
4. B. CAIRASCO DE FIGUEROA: *Antología*.
5. Antonio DE VIANA: *Antigüedades de las Islas Canarias*.
6. Silvestre DE BALBOA: *Espejo de paciencia*.
7. Fr. Andrés DE ABREU: *La vida de San Francisco*.
8. Cristóbal DEL HOYO, Vizconde de Buen Paso: *Carta de Madrid*.
9. José DE VIERA Y CLAVIJO: *Historia de Canarias*.
10. José CLAVIJO Y FAJARDO: *El pensador*.
11. Tomás DE IRIARTE: *Fábulas*.
12. Nicolás ESTEVANEZ: *Mis memorias*.
13. Benito PEREZ GALDOS: *La fontana de oro*.
14. Agustín MILLARES CUBAS: *Antología de cuentos*.
15. Benito PEREZ ARMAS: *Antología de cuentos y De padres a hijos*.
16. Angel GUERRA: *La lapa y otros cuentos*.
17. *Ensayistas canarios*: Alfonso Armas Ayala.
18. Miguel SARMIENTO: *Antología*.
19. Domingo RIVERO: *Obra Completa*.

20. *Antología de la Poesía de finales del siglo XIX*: María Rosa Alonso Rodríguez.
21. Manuel VERDUGO: *Obra poética*.
22. Tomás MORALES: *Las Rosas de Hércules*.
23. Alonso QUESADA: *Insulario (Verso y Prosa)*.
24. Saulo TORON: *El caracol encantado y otros poemas*.
25. Francisco IZQUIERDO: *Medallas*.
26. Claudio DE LA TORRE: *En la vida del señor Alegre*.
27. Emeterio GUTIERREZ ALBELO: *Enigma del invitado, Romanticismo y cuenta nueva*.
28. Fernando GONZALEZ: *Obra poética*.
29. Agustín ESPINOSA: *Lancelot, Media hora jugando a los dados y Crimen*.
30. Josefina DE LA TORRE: *Antología*.
31. Domingo LOPEZ TORRES: *Obra Completa*.
32. Pedro GARCIA CABRERA: *Entre cuatro paredes, Transparencias fugadas y Dársena con despertadores*.
33. Pedro PERDOMO ACEDO: *Antología*.
34. Pedro LEZCANO: *Paloma o Herramienta*.
35. Agustín MILLARES SALL: *Obra poética*.
36. Félix CASANOVA DE AYALA: *Poesía*.
37. Manuel PADORNO: *Obra poética*.
38. Arturo MACCANTI: *Obra poética*.
39. Luis FERIA: *No menor que el vacío*.
40. Justo JORGE PADRON: *Antología poética 1971-1988*.
41. Lázaro SANTANA: *Obra poética*.
42. Eugenio PADORNO: *Obra poética*.
43. Juan JIMENEZ: *Obra poética*.
44. Isaac DE VEGA: *Fetasa*.

45. Rafael AROZARENA: *Mararía*.
46. Alfonso GARCIA RAMOS: *Guad*.
47. Juan Manuel GARCIA RAMOS: *Malaquita*.
48. Juan Jesús ARMAS MARCELO: *El árbol del bien y del mal*.
49. Luis LEON BARRETO: *Las espiritistas de Telde*.
50. J. CRUZ RUIZ: *Crónica de la nada hecha pedazos*.
51. Luis ALEMANY: *Los puercos de Circe*.
52. Nivaria TEJERA: *El barranco*.
53. Víctor RAMIREZ: *Cada cual arrastra su sombra*.

Se acabó de imprimir
el día 3 de octubre de 1988,
en los talleres de
MARIAR, S. A.,
de Madrid.

Encontrar a un escritor que se considere sinceramente justificado con el placer de la escritura, del oficio diario de escribir y de hallar, escribiendo, iluminaciones que lleguen a apasionarlo sin más oscuras y bastardas pretensiones, es algo muy extraño en los tiempos que corren para la poesía española. Este es el caso de Luis Feria.

Los diversos comentaristas que han saludado la aparición de sus últimos libros, después de varios años de silencioso laborar, han subrayado su tenaz, y hasta terca, independencia frente a grupos generacionales y frente a los *poderes fácticos* de la literatura (...). No han visto, sin embargo, que la de Luis Feria es —dentro de su generación: la muy celebrada generación del 50— la voz más singular, por original y por resistente a unos esquemas que, en tanto fórmulas, los otros poetas de su edad han convertido, con rarísimas excepciones, en fácil y falso estereotipo de ese grupo generacional.



Biblioteca Básica Canaria



VICECONSEJERIA DE CULTURA Y DEPORTES
GOBIERNO DE CANARIAS

socadem